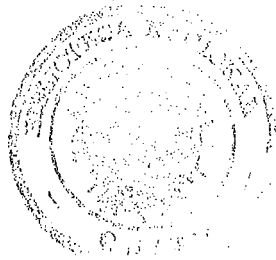


Y. M. PÉREZ PEROZO

Los Pasos Trémulos

POESIAS

PROLOGO DE CESAR E. ARROYO



BIBLIOTECA NACIONAL

NO. 4151 DE 1991

QUITO

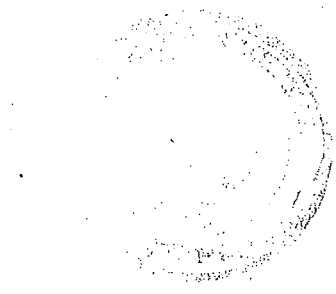
0002670-J.

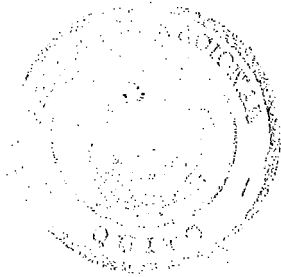
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1924

Para la familia Juana Pérez, ca-
rinoso recuerdo de

Pérez Pérez





PORTADA

Venezuela—oro, laurel, clarín y lira—egregio cáliz de plenitudes en el cual pudo florecer el Héroe Máximo, y que, en todo tiempo, ha sido jardín de altos ingenios, cuenta, actualmente, con una gallarda juventud de vanguardia literaria, entre la cual se destacan las figuras vibrantes y sugestivas de Luis Enrique Mármol, Jacinto Fombona Pachano, Pedro Sotillo, Augusto Mijares, Enrique Planchart, Vicente Fuentes, Julio Garmendía, Antonio Arraíz, Gonzalo Carnevalli, Fernando Paz Castillo, Francisco Caballero Mejías, Andrés Eloy Blanco, el triunfador continental y Víctor Manuel Pérez Perozo, inspirado autor de este libro.

Por un acierto del Gobierno Constitucional de Venezuela, este último ha venido a nosotros, investido de los prestigios diplomáticos, y, desde hace meses, mora entre nosotros compartiendo la vida refinada de nuestros salones aristocráticos y la vida nerviosa, asaz agitada y loca de nuestra bohemia literaria. Con la venida de Víctor Manuel Pérez Perozo es como si todos sus dilectos compañeros hubieran venido a nosotros, ya que él es un exponente brillantísimo de esa noble juventud, a la cual, ante todo, queremos rendir un homenaje fervoroso.

A partir de su llegada, este poeta ha venido exornando las prietas columnas, un tanto amasocotadas y llenas de política menuda, de nuestra prensa periódica, con las flores frescas, multicoloras y perfumadas de su ingenio. Hoy, que nos hace el alto don de su primer libro, nos parece que esparce entre nuestros espíritus ávidos un puñado fulgurante de estrellas arrancadas del cielo de su fantasía, de piedras preciosas, sacadas del cofre de oro de su corazón.

LOS PASOS TRÉMULOS se denomina, modestamente, este libro; pero no creáis que son los pasos titubeantes del apenas iniciado; son los pasos trementes del inspirado, que poseído de una fiebre sagrada, va por jardines de alucinación, por rumorosas selvas estremecidas, por pardas tierras de cabafías, por místicas sendas de romería, hacia la eterna Thulé, cuyos minaretes dora un sol de imposible.

Cogidos del brazo fraterno del autor, vamos a emprender, también con pasos trémulos de emoción, ese lírico peregrinaje por el sendero iluminado, en cuyo curso veremos cosas bellas, sentiremos divinas sensaciones inefables.

Pasemos bajo el arco floreciente, esmaltado de aljófar, sonoro y estremecido que, con el claro título de *Pastorela*, ha formado con un soneto la musa galana de Jacinto Fombona Pachano. Ya estamos en los dominios del poeta Pérez Perozo. Hemos traspasado la verja decorada del *Huerto vario*, verde y perfumado, como una juventud. Una deslumbradora visión morisca: jardines ensoñados del Generalife, una Alhambra recamada que lanza al azul cerúleo sus esbeltos surtidores de luz; armonías sensualistas de fantasía morisca, acentos exaltados de armoniosas orientales. ¿Es la guzla de Zorrilla, el viejo bardo caballeresco? ¿Es el último rey moro, Villaespesa, quien canta? No; es una lira moderna y personal, mitad agarena y mitad cristiana, la que vibra al pie del alminar en que una mujer contemporánea. complicada y sutil, teniendo por fondo una

espléndida decoración romántica, sonrío, mientras hojea las *Desencantadas* de Pedro Lotf.

Apenas este encanto oriental se desvanece, el poeta nos dice la *Parábola de las pupilas muertas*, honda y emotiva, como una parábola bíblica. Lejana resuena una canción de labriego; el poeta musita a nuestro oído un leve cuento de hadas; después, entona un agradecido himno al sol. La primera jornada va a finar. La dama negra de los sueños blancos ha venido a nuestro encuentro; se la siente, sí, se la siente, en la naturaleza y en el alma. La *evocación del jardín a media noche* es, sencillamente, admirable. El verso se hace plástico con el motivo nocturno. Sobre un fondo negro, el artista pinta con grises y blancos plata. Se oyen cantos perlinos de surtidores y de fuentes, acompasados por músicas lejanas de violines sollozantes. Se huele fuertemente a madre selvas, a jazmines; y el espíritu inerme se siente invadido de un enervante sopor de morfina, de una dulce laxitud de *nonchalance*:

*“Media noche . . . Jardín solitario . . .
Alta luna de nieblas doradas . . .
Cisnes blancos . . . discreto escenario
para un cándido cuento de hadas.*

*Surtidor que irisado levanta
sin cesar su epiléptica pluma,
para ver desgranarse en espuma
la canción que durmió en su garganta . . .”*

Las otras parcelas del *Huerto vario* nos hacen sentir múltiples emociones intensas. Y es el recuerdo vago, aromado de saudade de la pasajera innominada con la que hicimos un corto viaje «sobre el peligro verde del mar», y a la que nunca volveremos a ver en la vida.

Y es la oblación mística en la hora contrita que todos tenemos. Y es la mágica evocación de los *Sueños de ella*, en la que, por un milagro de técnica, el poeta artista traduce en colores la profundidad vagarosa y múltiple de los ensueños de una mujer. Y es el *Tríptico del amor lejano*, más bello por difunto, añoranza inútil de una amada perdida para siempre. Y es el sentimiento irremediable de haber llegado tarde a golpear las puertas de un corazón. Y es el eco profundo y doloroso de tres emocionantes plegarias: *plegaria del jardinero*, que clama:

*“¡Señor! ¡Señor! vierte unas gotas
de agua en mis flores que calcinas;
abre tus ánforas remotas
y con el agua que así brotas
haz revivir mi huerto en ruinas . . .
.”*

Plegaria de la solterona, que con voz enronquecida por los sollozos, con acento humano, demasiado humano, prorrumpe:

*“¡Señor! ¡Señor! hace ya mucho
que lo he esperado inútilmente
y aunque ya hay conas en mi frente,
no sé porque de pronto escucho
la voz ansiada del ausente.*

*Puesta de codos en la reja,
mirando al sol de los ocasos,
al fin me estoy volviendo vieja
y cada vez de mí se aleja
más la esperanza de sus pasos . . .
.”*

Plegaria del condenado, que en los horrores de su infierno se debate gritando:

“¡Señor! ¡Señor! dame un mendrugo
de entereza para mi pena
mientras que llega la serena
hora en que en manos del verdugo
se haga pedazos mi cadena . . .
.....”

Termina esta parte con el *Epistolario romántico a Doña Sol* y otras composiciones eróticas, en las que el poeta, don Juan de guante blanco, en versos dignos de un florilegio, madrigaliza en torno a una inquietante figura de mujer, síntesis y compendio de *Fémima* inmortal.

En el fondo de huerto y de jardín, se alza el palacio encantado de las *Voces pretéritas*. Penetremos en él. No es un museo, como un cementerio. Es el alcázar de las triunfales reviviscencias, en las que el hada de una inspiración taumatúrgica hace revivir las muertas épocas suntuarias, no sólo en lo externo de las formas sino en lo interno de las emociones. Son escenas brillantes, armoniosas y dinámicas las de esos sonetos de evocación y de pasión. Rosas de Francia enguinaldando a divinas marquesas de Pompadour; casacas y pelucas marcando el ritmo lento y elegante del minué; un aliento watteau, que vuelve a animar la Corte del Rey Sol. Viejos tapices españoles sirviendo de fondo a los pomposos guardainfantes en los que está presa la fragilidad de las ojerosas damas castellanas, por las que los caballeros emprenden aventuras de romance. Anchos patios blasonados, en los que los caballeros cruzan sus espadas, disputándose el amor de la castellana, que medrosa y pávida contempla el lance, al través de los vitrales del castillo ojival. . . . ¡Siglo de lis de Francia, siglo de oro de España, siglo de sol de Italia, sus luces se confunden en un solo fulgor! . . .

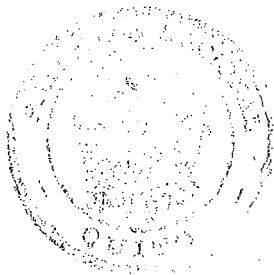
La galería luminosa de las *Mujeres de Quito* es una pequeña pinacoteca digna de Reinolds. En ella, el poeta pictórico ha logrado apresar con luces y colores

el arte insuperable de la sin par Lucrecia, los ojos claros, serenos de Emma, el mundo ignorado de Isabel, la divina gracia andaluza de Olga, la majestad augusta de Fabiola, el gentil paso de Carlota, el laurel heráldico de Clemencia, el ensueño azul de Marianela, la visión floral de Laura, el encanto innumerable de Pilar, el suave milagro de Angelita, el hermetismo inquietante de Matilde; de Estela, el divino aroma, y de Paca, la dulce santidad. Todos los conocemos y, místicamente, los adoramos. Son las flores peregrinas que decoran el pétreo jarrón de nuestra próspera urbe. Nosotros que hemos contemplado al poeta, en los salones, escribiendo madrigales en los abanicos de estas princesas, no hemos podido dejar de sonreír, al anunciarnos él, que, con sus imágenes arcangélicas, iba a formar una preclara galería: temíamos que su pluma galante y galana, hubiera caído, yendo a naufragar en los jarabes de los versos de álbum, de esos versos, de esos versitos de las ocasiones. Mas, al contemplar los retratos terminados, no pudimos reprimir una exclamación jubilosa: allí estaban ellas, divinas y sonrientes, en sus elegantes actitudes características, perennizadas por virtud del arte.

En los *Sonetos del Amor pecador*, la bestia rastrera y babosa de la sensualidad queda abatida. Y, sobre fuertes motivos naturalistas, la Vida omnipotente, la Vida fecunda, surge y canta, en una dionisiaca epifanía.

El pequeño comentarista os ha llevado, lectores, de prisa, atropelladamente, por entre estos líricos jardines. Es que él siempre va deslumbrado y anhelante. Lo poco que os ha dicho es pálido y bronco. Vosotros veréis y sentiréis más que él, y con él convendréis que nos hallamos ante un verdadero poeta, que, si es ya bastante lo que ha realizado, es mucho, muchísimo más, lo que cabe esperarse de su numen y de su don, en las vendimias espirituales del Futuro.

CÉSAR E. ARROYO.



PASTORELA

Para el libro, "LOS PASOS TREMULOS"
de W. M. Pérez Perozo.

Es una noche plácida que el plenilunio dora.
Entre la paz nocturna fragancias de tomillo;
y el río, en el silencio, bajo el lunado brillo,
discurre por el valle donde dormita Flora.

Da en el cenit la luna la pauta de la hora.
Y de un pastor que suena su flébil caramillo,
viene hasta mí en el viento, del suave son sencillo
la cristalina queja que se estremece y llora.

Es la melancolía de la ilusión secreta
que alienta en el divino dolor de ser poeta:
piloto del ensueño, pastor del ideal!

Salud! oh fiel hermano de la melancolía,
romero taciturno que te haces compañía
del suave son que suena tu flauta de cristal!

JACINTO FOMBONA PACHANO.

Caracas, septiembre de 1923.



EL HUERTO VARIO

(Para Carmen, sueño imposible)

VISION DE LA TARDE

AL sol de las cinco sale a su ventana
una fascinante mora castellana
—mitad agarena y mitad cristiana—
que en belleza impera con rotunda ley;

y cuando el que pasa levanta los ojos,
por mirar la fiesta de sus labios rojos,
ante Ella quisiera postrarse de hinojos
como ante la reina de una altiva grey.

Debió haber nacido en la Berbería,
en aquellos tiempos de tenaz porfía
entre los cristianos y la morería
por la sepultura de Nuestro Señor;

o en tierras de España tener un castillo,
donde con la luna llegara un caudillo
—de aquellos señores de horca y cuchillo—
a decirle en tiernos rondeles su amor.

¿Sulima? ¿Zobeida: ¿Lindaraja? Ignoro su nombre. Quién sabe si será sonoro como estremecida campanilla de oro, o si melancólico y suave ha de ser;

mas sé que armonioso será en todo caso: un nombre que debe pronunciarse paso, como si al decirlo se temiese acaso que entre nuestros labios se fuera a romper.

Y cuando en la tarde se asoma discreta, un libro en la mano blanquísima aprieta. ¿Acaso siguiendo la ley del Profeta, en vez de la Biblia repasa el Corán?

¿O acaso esta mora de porte galano —que sueña en arábigo y parla en cristiano— tentada de un fuerte capricho mundano, el libro que hojea es de Valle-Inclán?

Es blanca, muy blanca, casi una paloma . . . Debe perfumarse con un fuerte aroma, pues cuando en la tarde al balcón se asoma me viene una rara fragancia de allí;

a ratos difunde dolientes miradas, que son como vagas voces angustiadas: quien sabe si hojea «Las Desencantadas» o algún otro libro de Pedro Lotí.

Pronto se fastidia; y a la lumbre escasa del sol—que la envuelve como en una gasa— mira sin cuidado la gente que pasa y en la blanca mano reclina la sien.

¿Qué piensa, tocada de romanticismo?
No sé, pero pronto me digo a mí mismo
que esta mora, acaso por ley de atavismo,
sueña con los muelles ocios del haren.

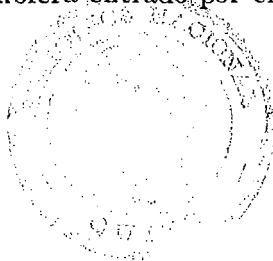
Un rato he creído ver en su mirada
la Alhambra en pequeño estereotipada
y también los rientes prados de Granada . . .
el Generalife y el manso Genil . . .

Porque esta morisca de sangre manola
tuvo sus mayores en tierra española
y acaso por eso, romántica y sola,
recuerda el destierro del rey Boabdil.

.
.

Cuando ya la oscura noche se avecina,
silenciosamente corre la cortina,
y miro perderse su silueta fina
en el solitario fondo del salón.

Pero en mi memoria fácil de poeta
ha quedado intacta su gentil silueta,
como si al marcharse, tímida y discreta,
se me hubiera entrado por el corazón.



PARABOLA DE LAS PUPILAS MUERTAS

I

ANVERSO

LABRADOR o poeta o minero
que pretendes osado romper
los dos círculos vivos de acero
que el Enigma te abrió, traicionero,
en los ojos de alguna mujer:

Di-me tú, labrador: ¿qué ansia extraña
te ha nacido que no fuese arar,
para luego en la abrupta montaña
ver crecer la modesta cabaña
en que vayas con Ella a habitar?

¿Dí, poeta: ¿has rimado una bella
 ilusión de venturo placer
 que no fuese inspirada por Ella?
 Cuando quieres bajar una estrella,
 ¿no es tan sólo para esa mujer?

Dí, minero: ¿qué sueños evoca
 tu cabeza, radiante en sudor,
 cuando muerde tu pico la roca?
 ¿No es verdad que besar una boca
 generosa en palabras de amor?

.

Labrador o poeta o minero:
 no pretendas osado romper
 los dos círculos vivos de acero
 que el Enigma te abrió, traicionero,
 en los ojos de alguna mujer.

II

REVERSO

Bajo el velo del párpado inmóvil,
 entre el yerto verdor de la faz,
 las pupilas que tanto miraron
 se poblaban de sombra y de paz.

Y las grandes pupilas aquellas,
que en centellas prendía el amor,
que la dicha o la pena o la ira
transformaban en un resplandor,
entre el lívido rostro de cera
no guardaban ni un leve fulgor.

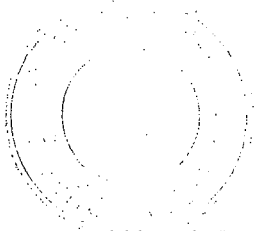
Y las grandes pupilas aquellas,
—por color hermanitas del mar—
en la caja serenas dormían,
extenuadas talvez de mirar.

¿Qué paisaje, qué luz apresaron
al sentir la postrer contracción?
¿Qué infinito en pequeño llevaron
al solemne nogal del cajón?
Sus miradas, que fueron palabras,
se callaban en esta ocasión . . .

Y las grandes pupilas aquellas
—que de luz insaciables ayer,
encontraban el mundo pequeño—
al bajar al recinto postrer
solamente tuvieron un cielo
y un estrecho rincón para ver:
los minúsculos párpados magros
que empezaba el gusano a roer.

.

¡Y las grandes pupilas aquellas
son los ojos de toda mujer! . . .



III

SINTESIS

Tú, la esquiva mujer de ojos claros
que me miran y no quieren ver;
grandes ojos, malignos y raros,
que no tuvo ninguna mujer;

Grandes ojos bruñidos en verde,
insensibles a toda piedad
y en los que la mirada se pierde,
argonauta de la Inmensidad.

Hoy te muestras de tí misma ufana,
mas quién sabe si miras mañana
sin que puedan tus ojos ya ver . . .

Cuando el párpado esconda, clemente,
una inmóvil pupila doliente
que el gusano comienza a roer . . .

LA CANCIÓN DEL LABRIEGO

Es estrecho, torcido y rugoso
el camino que va a mi cabaña . . .
En sus bordes no crece la hierba
ni una mínima flor se levanta,
sólo a trechos la ortiga y el cardo
hostilizan a todo el que pasa.

Peligroso serpea en el lomo
más audaz de la abrupta montaña,
y tan sólo en las cálidas siestas
por allí ramonean las cabras.
Ningún árbol su sombra le brinda
en su curso al viajero que pasa,
y parece que Dios se ha olvidado
de regarlo con un sorbo de agua.
Es estrecho, rugoso y torcido
el camino que va a mi cabaña . . .

Pero cuando en la tarde termino
mi afanosa labor de labranza
y hacia lo alto dirijo mis pasos
con la dura herramienta a la espalda,
es benigno, anchuroso y amable
el camino que va a mi cabaña,
porque sé que al llegar a la cima
al calor de la lumbre me aguarda
en el círculo azul de unos ojos
el amor de una dulce mirada . . .



HUBO UNA VEZ UN HADA...

“**H**ubo una vez un hada,
hace ya mucho tiempo . . . »
Talvez así comience
el cuento que mañana yo narre a unos pequeños,
cuando ya haya nevado largamente en mis sienes
y también en mis sueños . . .

Y quiero imaginarme que diré esa conseja
una noche de invierno,
ante un corro inocente
de menudos rapaces que me llamen «abuelo».

Como hará mucho frío, se sentarán en grupo
alrededor del fuego,
en tanto que las llamas prenden trémulos oros
en sus blondos cabellos
y pueblan de luciérnagas
minúsculas el fondo de sus ojos de cielo.

Y evocadoramente,
ante los rubios niños continuaré mi cuento . . .
Tendrán sus claros ojos pendientes de mis labios,
en profundo silencio,
acaso temerosos de interrumpir mi historia
con el más leve gesto
Les diré que en el hada
cifró en vano un poeta su romántico anhelo;
y cuando ya termine de narrar mi leyenda,
un rapaz indiscreto
preguntará impaciente:
«pero dínos, abuelo,
¿no la olvidó el poeta?»
¡Nunca!—diré al momento—
pues si ella sólo supo
dar desdén por ensucio,
él no olvidó que en cambio
aquel amor inútil le inspiró muchos versos . . .

ENVÍO:

Amada: tú bien sabes que las hadas no existen
sino sólo en los cuentos;
mas oye, si te pones
la mano sobre el pecho,
sentirás una ráfaga
que te sopla de adentro.
¿Por qué, pues, no podrías
ser el hada del cuento
que he de narrar mañana
—una noche de invierno—
ante un corro inocente
de menudos rapaces que me llamen «abuelo»,
cuando ya haya nevado largamente en mis sienes
y también en mis sueños? . . .

BENDITO SOL . . .

I

EN la mañana azul, después del baño
y por secarte al sol, tomas asiento
del patio diminuto en un escaño;
y al invertir tus rizos en tu cara,
quedo mudo y atónito un momento
al ver que el mismo sol en tí se aclara.

Y no sé que secreta analogía
encuentro entre tu gracia y un precioso
rosal que tu hermanita cada día
saca a tomar el sol por la mañana,
porque el sol asimismo es bondadoso
contigo y con las rosas de tu hermana.

Ante mi alegre vista se da cita
un cuadro de emoción sana y risueña:
en un rincón del patio la pequeña
jaula en que un ave con su canto invita
y a tu lado el rosal de tu hermanita,
que humildemente perfumando sueña.

Y esta grata visión me ha sugerido
la imagen del mañana: una clemente
mano que me libere del olvido;
un rosal de fragancia milagrosa
y un ave que en cariño, diariamente,
emule con la mano y con la rosa.

II

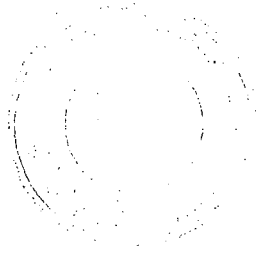
Y elevo mi plegaria reverente
al sol de esta mañana, que ha volcado
su escarcela de luz sobre tu frente.
Bendito sol vivaz que así te irisa . . .
y que tempranamente ha madurado
el húmedo viñedo de tu risa.

¡Bendito sol! que te salió al encuentro
como un amigo y en sutil desmayo
se te ha perdido corazón adentro;
que te lame los pies, puesto de hinojos,
y que devuelves convertido en rayo
por las claras ventanas de tus ojos.

Y bendito el rosal de tu hermanita,
que le sirve de marco a tu hermosura
con sus níveas corolas; y bendita
el ave, que con júbilo se asoma
porque tu labio cárdeno le augura
fácil promesa de encendida poma.

I I I

Ya seca al sol, emprendes el retiro
hacia el hogar. Herida por tu ausencia
el ave languidece en un suspiro.
Y puedo comprender con pesadumbre
que allí donde hace falta tu presencia
queda un espacio huérfano de lumbre . . .



EVOCAACION DEL JARDIN A MEDIA NOCHE

(*De Nicolás Delgado, artista múltiple*)

MEDIA noche . . . Jardín solitario . . .
Alta luna de nieblas doradas . . .
Cisnes blancos . . . Discreto escenario
para un cándido cuento de hadas.

Surtidor que irisado levanta
sin cesar su epiléptica pluma,
para ver desgranarse en espuma
la canción que durmió en su garganta.

Y la fuente que corre parlera
y hace gárgaras breves aprisa,
como si en su interior se escondiera
una niña convulsa de risa.

Una vívida rosa turgente
bajo un claro de luna me evoca
a una tímida niña inocente
cuando el novio la besa en la boca.

Y dos rosas nevadas al lado
balancean sus cálices plenos,
cual si hubiesen de pronto brotado
en la trémula rama dos senos.

Y los lirios de pálidas frentes
que acarician las aguas corrientes . . .
Su infantil cabecita extenuada
me recuerda en la Historia Sagrada
el degüello de los Inocentes.

Limonero de copa ligera
al que un manto de flores agobia
y que guarda su nieve en espera
de que vaya a la iglesia la novia.

Girasoles . . . El dandy a porfía
del jardín, que de lindo presume
y sin gracia mayor ni perfume
gira en torno del sol todo el día.

Un murciélago elástico enluta
la arboleda con su desalifio
y recuerda, colgado a una fruta,
una bruja siniestra y enjuta
que chupara la sangre de un niño.

Los jazmines . . . Alburas . . . Estancia
en la noche nupcial de la joven . . .
Efraím . . . Sueños blancos . . . Infancia . . .
Violoncello que llora a Bethoven . . .

Las violetas se asoman con cierto
disimulo, temiendo una afrenta,
porque son en la fiesta del huerto
hermanitas de la Cenicienta.

Azucenas . . . Novicias que a diario
soliloquian en blanca teoría . . .
Alba mística . . . Altares . . . Rosario
en el plácido mes de María.

Los claveles . . . La herencia española
que revienta frenética en flores . . .
Manzanilla . . . Navajas . . . Amores
en la reja . . . Bizarra manola
que se muere por los matadores.

.
.

Media noche . . . Las doce . . . Divina
laxitud del jardín que está inerme
y que a ratos parece que duerme
un rosado sopor de morfina.



LA PASAJERA

VIAJÓ conmigo. No sé quién era . . .
Era, recuerdo, la pasajera
que me pusiera de compañera
en aquel corto viaje el Azar;

Sinceramente yo fuí su amigo
y un propio techo y un mismo abrigo
por ocho días partió conmigo
sobre el peligro verde del mar.

¿Dónde se encuentra, dónde está ahora
aquella niña fascinadora
que fué mi sueño de una sola hora
sobre el peligro verde del mar?

Nunca su nombre decirme quiso,
ni me importaba, ni era preciso,
ya que sabía que de improviso
en cualquier puerto se iba a bajar.

Pero recuerdo que era hechicera,
con ese encanto de la viajera
que nos perfuma la vida entera
en un instante no más de amor . . .

Era romántica y era ardiente,
y en un discreto rincón del puente
me recitaba frecuentemente
lindas estrofas de Campoamor.

Nos separamos al fin un día,
y al despedirnos su mano fría
se refugiaba en la mano mía,
como en un gesto de rebeldía
contra el desiguo cruel del Azar.

¿Donde se encuentra la niña aquella
cuya mirada angustiada y bella
era mi Norte y era mi estrella
sobre el peligro verde del mar?

Aun me parece ver el revuelo
cruelmente blanco de su pañuelo
que me decía todo su duelo
por la terrible separación . . .

¿Después? la playa que se me pierde . . .
arriba el cielo y abajo el verde
abismo y nada que me recuerde
lo que perdía mi corazón.

De aquellos ratos gratos del viaje
sólo recuerdo su lindo traje,
cual si ella misma fuera un paisaje
de esos que vemos sólo al pasar

Y que en el breve curso de un día
se nos enferman de lejanía
y no los guarda la fantasía
aunque tratemos de recordar.

¿Y ella? Quien sabe si ya ha olvidado
aquellos ratos en que a mi lado
me recitaba con angustiado
acento versos de Campoamor;

O acaso a ratos tenga un sincero
recuerdo amigo para el viajero
que fué ocho días su compañero
de pan, de abrigo y también de amor.

HORA DE CONTRICION

I

SEÑOR! ¿qué culpa puede caberme en haber sido
mi corazón un siervo por la carne rendido?

Yo amé todas las cosas terrenas en que había
una huella siquiera de tu sabiduría.

Amaba los perfumes y la flor y la estrella
y por ser hija tuya, también la amaba a Ella.

Amé la blanca rosa sobre el altar sereno,
pero también la amaba transfigurada en seno.

Y amé sus labios si eran por la oración unigidos
¡y también cuando fueron para mis besos nidos!

II

Señor! tú bien lo sabes, no fue la culpa mía . . .
Era su cuerpo un vaso de tentación y hervía

el fuego del pecado entre su sangre loca,
y era su carne cálida y era un ascua su boca.

Yo la amé castamente pero, Señor, no pudo
servirme mi ternura de suficiente escudo

para seguirla amando con el mismo cariño
que en mi primera novia puse cuando era un niño.

Y se rompió el ensueño como un frágil guijarro,
y el ídolo de oro fué un ídolo de barro . . .

III

Era pura . . . era santa . . . era cándida . . . y era
como los tiernos brotes son en la primavera;

mas, en su virgen huerto yo entré como el verano
y aquel fresco retoño se mustió entre mi mano.

Al ver sus breves labios—generosos de mimo—
me asaltaba el autojo de un ave ante un racimo.

Y no fué ya su boca la fuente de ternura,
sino el coral que a modo de una fresa madura

exprimí entre mis labios, con deleite inhumano,
sin soñar que la fuente se trocaba en pantano . .

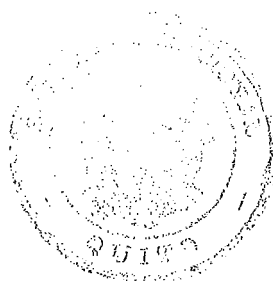
IV

En el grave silencio de mis noches tranquilas,
como dos discos de ónice me otean sus pupilas:

inquietantes y trémulas, giran entre la espesa
sombra como si fuesen ojos de vampiresa.

¿Es acaso el deseo que enciende todavía
una lengua de púrpura entre mi noche umbría?

No sé, pero en las sombras, incompasivamente,
sus ojos son dardos clavados en mi frente . . .





LA ROMANZA DE LOS SUEÑOS DE ELLA.

Para José María Egas, cordialmente

I

LAS nueve de la noche . . . Tu alcoba, solitaria;
con paso silencioso entras a recogerte,
pero quieres primero
en las manos de Dios poner tu suerte,
y elevas con unción una plegaria.
Y cuando con tus manos pequeñitas
te signas blandamente,
parece que te pasas por la frente
más que la mano, un haz de margaritas . . .

Y es tu dormir pausado:
 Si respiras apenas se estremece tu lecho;
 tienes entrecruzadas las manos sobre el pecho
 y el Angel de la Guarda está a tu lado.
 De pronto has suspirado,
 y al instante tus labios se plegaron risueños,
 porque resueltamente, con ademán seguro,
 como por un conjuro
 has entrado en el mundo rosado de tus Sueños . . .

II

EL SUEÑO AZUL

En ellos por caminos de flores cruza un hada,
 y yérguense las cúpulas de rientes Estambules,
 y como en los amenos cuentos de Scherezada,
 entre una clarinada
 pasa un tropel bizarro de Príncipes Azules . . .

III

EL SUEÑO BLANCO

Duermes en paz ahora . . .
 Por la abierta ventana
 flecha calladamente su pupila la aurora;
 afuera en el jardín
 musicaliza un ave,
 y viene un viento suave
 de rosas, heliotropos y jazmín.

Y sueñas que en la huerta el verde limonero
nieva cándidos pétalos para nimbear tus sienas;
que hay nieve en el sendero
que llega hasta el altar,
y que al ir a la iglesia entré las manos tienes
la mano del Amado y un ramo de azahar . . .

I V

EL SUEÑO PURPURA

¿Por qué sonrías ahora?
Un mínimo suspiro se extendía en tu pecho,
y ya sobre tu lecho
no pone sus rosadas timideces la aurora.
En cambio, tu ventana se enciende en vivo fuego,
regocijadamente,
como si acaso fuera la pupila de un ciego
que recobra la vista de repente:
es tu hermanito el sol, el sol de la mañana,
el sol que alegra todo lo que toca,
y que llegó temprano a tu ventana
a visitar el carmen fragante de tu boca.

Pero ¿por qué sonrías? . . .
Ya sé, porque entre sueños ingenua te imaginas
el paso de la iglesia a la nupcial estancia . . .
Tu pecho se estremece . . .
pero tú no adivinas
que el ramo de azahares perdió ya su fragancia,
y en su lugar florece
un voluptuoso gajo de rosas purpúreas! . . .

V

EL SUEÑO ROSA

Las doce . . . En la divina
 quietud de tu aposento
 un argentado resplándor destella;
 es que vela tu sueño, como un hada madrina,
 la cabecita rubia de una estrella.
 Y sueñas que una cuna
 es el dón celestial con que amorosa
 te ha salido al encuentro la Fortuna;
 y sueñas que ese niño
 es la primer cosecha de tu árbol de cariño
 que en carne rosa perpetúa su huella,
 y que el tímido rayo de la estrella
 es el columpio en que se mece el niño! . . .

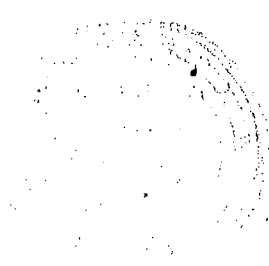
VI

EL SUEÑO GRIS

Suspiras blandamente . . .
 Es que ahora la luna—la taciturna hermana—
 enreda un rayo trémulo en tu frente,
 como una bendición samaritana.
 Y sueñas que han pasado muchos años
 y que en tu blonda cabecita breve
 el tiempo y los hostiles desengaños
 hilaron copos de argentada nieve.

Y te ves circundada
de nietos que te piden un cuento en que haya euanos,
mientras estás sentada
al calor de la lumbré, con la rueca en las manos.

Y recuerdas el tiempo en que teñas
grana en los labios y en los bucles oro,
y al comprender que el lloro
en rauda lluvia tus pupilas moja,
con hondo sentimiento
empiezas a narrar el triste cuento
de la infantil Caperucita Roja! . .



V I I

EL SUEÑO NEGRO

Súbito te estremeces. Tu faz toma ese tinte
de los lirios enfermos. Te pulso, estás inerte;
tienes la frente fría;
más que una candorosa muchachita que duerme,
pareces una rosa en agonía.

¿Qué te pasa? Comprendo. Es que en sueños has visto
una mesa en que había
cuatro fúnebres cirios de reflejos inciertos
y una caja en que un joven para siempre dormía
con las dos manos juntas y los ojos abiertos.

Pero no te impaciente
la visión dolorosa; vuelve pronto a soñar
en el cáudido ramo que circude tu frente
y en la férvida mano que te lleva al altar.

Que si miras la caja,
hallarás que no tiene tu impaciencia razón,
pues bajo la mortaja
manos caritativas
me han colocado frescas siemprevivas
¡y un crucifijo sobre el corazón! . . .

LA CADENA ROTA

¡QUÉ bien me siento sin tu cariño! . . .
Esta mañana nací de nuevo
para la vida, para la fuerza,
pues te me fuiste de muy adentro;
y estoy alegre, y estoy radiante,
como si fuese yo un pobre preso
que de repente mira correrse
la torturante reja de hierro . . .

Y me parece que esto es mentira . . .
Anoche mismo con tu recuerdo
me fuí a la cama desconsolado
y estuve un largo rato despierto;
y cuando hoy abro los ojos hallo
que está más puro el color del cielo
y que me huele la mañanita
como a albahaca, como a romero . . .
¡Claro!—me digo—si se ha marchado,
la ingrata aquella de mi recuerdo.

Y sin embargo, cuán grato fuera
al acostarme sentir el peso
de aquel cariño que yo llevaba
sobre mi vida como un madero.
No quiero fuerzas, no quiero goces,
tan sólo quiero sentir el viejo
auillo roto de la cadena
que me ferraste con tu recuerdo

Se abrió la cárcel y libremente
bebió los aires el prisionero;
ahora me huele la mañanita
como a albahaca, como a romero,
y si levanto los ojos hallo
que está más puro el color del cielo . . .
Pero ¡ay! pudiera volver un día
hacia su cárcel el prisionero;
porque soy libre, mas se ha quedado
como una muda jaula mi pecho . . .

PLEGARIA HUMILDE

En la muerte de Josefina Iribarren.

Tus lirios, jardinero;
la nota más doliente de tu rabel, aeda;
pastor, de tu majada el más albo cordero;
tu paz y tus rumores, arboleda . . .

Todo lo inmaculado;
lo inmaterial, lo inermé;
lo que ha nacido indemne de pecado;
lo que es murmullo apenas, lo que duerme . . .
Lo que la Vida nos traduce en trino,
o en raudo vuelo hacia el espacio sube:
¡jalas! . . . ¡inciensol! . . . ¡fugitiva nube! . . .
¡himno de amor! . . . ¡celaje vespertino! . . .

Todo para esta cripta que es un hueco,
santificado, solitario y breve,
en que la Vida ha perpetuado su eco
más puro, más romántico y más leve,
y donde en plena juventud lozana,
calladamente hilvana
un éxtasis de paz Blanca de Nieve . . .



TRIPTICO DEL AMOR LEJANO

I

Yo nunca te olvidé. . . Fué mi locura
dejar tu arrimo suspirado un día
para seguir en ciega romería
tras de Nuestra Señora la Aventura.

Y conocí la sed, la senda dura
y el dolor de soñarte en lejanía
cuando tu grato recordar venía
romántico de paz y da ternura.

Lejos de tí me ilusioné de afecto
estérilmente en otras, hasta cuando
vi que el ajeno amor era imperfecto;

Y creyendo calmar mi inútil ansia,
 en todas las que amé te seguí amando
 por encima del tiempo y la distancia. . .

II

Y en todas las que amé quise encontrarte
 e infundirles el soplo de tu vida,
 por tenerte ante mí reproducida
 cual se tiene en un lienzo una obra de arte.

Pero mi corazón—corcel sin brida—
 no te pudo encontrar en otra parte,
 y al fin dejé mi tentación de hallarte
 en el seno de otra alma difundida.

Porque vi que eras la Unica y que en vano
 otra ajena pasión hoy me consume
 y en otras puertas ya imploró mi mano;

Mientras que tú—tiránica a lo lejos—
 te aromas para mí de ese perfume
 que a veces tienen los carifios viejos . . .

III

Y vuelvo a tí, cobarde y dolorido,
 a pedirte el refugio que me diste,
 cuando tu corazón fué blando nido
 para mi amor abandonado y triste.

Porque al fin comprendí, loco
que fuera de tu afecto nada ex
traigo en ruinas el alma: ella
el soplo de ilusión que le infu

Y es que no tiene sin tu amor mi vida
razón de ser, ni dicha apetecida;
como no tiene una pupila encanto

Cuando angustiada por oculta pena
busca en el llanto una emoción serena
y al fin comprende que le falta llanto . . .

ESTABAS TAN EN MI . . .

ESTABAS tan en mí que esta mañana,
angustiado de olvido,
de tí, de todo, de mi propia vida,
soñé el gesto enfermizo
de clavar me las manos en el pecho
y arrancar tu cariño,
como quien saca de la tierra estéril
un tronco retorcido . . .

Pero después me dije: ¿De qué sirve
seguir la dura recta del Destino,
si sin Ella mi vida
no ha de tener motivo
y habré de ser en adelante el árbol
en que hace falta la piedad de un nido?

Y ví tanta tiniebla en mi futuro,
tanta hiel de dolor y tanto olvido,
que recogí la mano irreverente,
como si hubiese entonces comprendido
que iba a intentar el torpe sacrilegio
de descolgar el Cristo
que—amoroso guardián—sobre mi lecho
vela tu desamor y mi cariño . . .



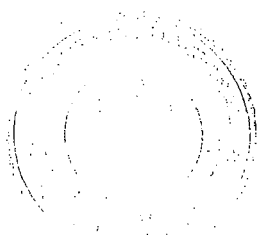
LA LLEGADA TARDE

TE acordaste muy tarde . . . Para hacer el camino
me busqué compañía humilde en un bordón;
no llevaba en mis odres una gota de vino,
ni en mi seca garganta la voz de una canción.

¿Recuerdas? en tus puertas imploró el peregrino
inútilmente un blanco mendrugo de ilusión,
porque tú ambicionando talvez otro destino
te cerraste con siete llaves el corazón.

De nuevo hacia las cumbres emprendí el ágil vuelo,
hasta que al fin mis plantas conocieron el suelo
donde enreda su gajo suspirado el laurel . . .

Mujer, en vano buscas hoy miel en mis panales:
antes de tu regreso, manos angelicales
áudaz e impunemente se llevaron la miel.



LAS TRES PLEGARIAS

(Para Gustavo Bueno)

I

PLEGARIA DEL JARDINERO

¡SEÑOR! ¡Señor! mi pobre huerto
languidece con el verano
y amenaza quedar desierto . . .
Al sol tostados se me han muerto
los limoneros y el manzano.

La madreselva, que tejía
su cabellera blanca en el muro,
también ha entrado en agonía,
y ni un tierno polluelo pía
desde el alto follaje oscuro

Mi cerco cándido de rosas
—rendez-vous de las mariposas—
sólo tiene hoy yemas tostadas,
mustias gemelas de otras cosas
que tú has dejado abandonadas.

 Y el clavel—la roja maceta
miniatura de Andalucía—
es un símbolo del poeta
que faltándole luz secreta
ha dejado la poesía.

 Vé cómo pide la cisterna
un sorbo de agua ansiosamente
para calmar su sed interna,
y con ella vé cómo alterna
en el mismo ruego la fuente.

 El surtidor—que era la risa
de mi jardín—ya se ha callado,
y parece que hasta la brisa
cuando se acerca tiene prisa
por irse pronto del cercado.

 Pasa un pájaro, mira el huerto
y huye también despavorido:
¡claro! si todo está desierto
y no encuentra un sitio cubierto
donde pueda enredar su nido.

 ¡Señor! ¡Señor! vierte unas gotas
de agua en mis flores, que calcinas;
abre tus ánforas reinotas,
y con el agua que así brotas
haz revivir mi huerto en ruinas.

II

PLEGARIA DE LA SOLTERONA

¡Señor! ¡Señor! hace ya mucho
que lo he esperado inútilmente;
y aunque hay ya canas en mi frente,
no sé por qué de pronto escucho
la voz ansiada del ausente.

Puesta de codos en la reja,
mirando el sol de los ocasos,
al fin me estoy volviendo vieja
y cada vez de mí se aleja
más la esperanza de sus pasos.

¡Señor! ¡Señor! él fué primero
un rubio Príncipe lejano
de los que pinta el Romancero;
soñé después en un guerrero,
altivo, noble y cortesano.

Hoy no me importa ya quien sea
ese gemelo de destino;
sólo me aterro con la idea
de que mañana haré el camino
cargada de años, sola y fea.

Sé que fuí llama; pero en vano
quise alumbrar en alguna ara,
pues no encontré el cordial hermano
que quisiera poner la mano
y el Tiempo así no me apagara.

¡Señor! ¡Señor! mi fé declina . . .
 Dáme un remedo de cariño
 para pensar—ya sin espina—
 que ese amor es la golosina
 con que se engaña a un pobre niño.

Puede ser un amor cualquiera,
 compasivo, leve, infecundo;
 una sombra de amor siquiera,
 para soñar cuando me muera
 que en otra alma viví un segundo.

¡Si supieras este tormento
 de dar traspies en el camino,
 que se infinita polvoriento,
 sin que un vaso cordial de vino
 moje el mustio labio sediento! . .

Inútilmente mi ojo escruta
 con fe en la calle ciudadana,
 y cada vez digo ¡mañana! . . .
 ¡Señor! enséñale la ruta
 que finaliza en mi ventana.

I I I

PLEGARIA DEL CONDENADO

¡Señor! ¡Señor! esta tortura
 es más fuerte que mi pecado. . .
 En un segundo de locura
 hundí el puñal envenenado
 hasta la propia empuñadura.

Mas no soy malo. . . Fué un momento
en que cegóse mi pupila
y eclipsóseme el pensamiento
y encrespóse mi alma tranquila
como las olas bajo el viento.

Era mi brazo como un arco
que impetuoso se distendía. . .
Y al fin perdí la sangre fría,
y ante mis plantas sangró el charco
de mi rival en agonía.

Y la ingrata, el bello motivo
que impulsó mi mano homicida
hacia el hermano inofensivo,
en brazos de otro acaso olvida
el palmo en sombras en que vivo.

Ni una canción, ni una mirada
fraternas vienen a mi reja;
sólo a ratos una olvidada
golondrina llega angustiada,
modula un cántico y se aleja.

Sobre todo, esta ansia gigante
de lascivas carnes morenas
que me persigue a todo instante,
mientras que sólo escalofriante
oigo la voz de mis cadenas.

¡Y la sed inútil de goce! . . .
¡Y la febril visión nocturna
de una boca que conoce
y que entre sueños tiene un roce
para mi frente taciturna!

¡Señor! Señor! dáme un mendrugo
de entereza para mi pena,
mientras que llegue la serena
hora en que en manos del verdugo
se haga pedazos mi cadena.

EL HUESPED INCOMODO

Yo tuve la culpa, pues te abrí la puerta
y confiadamente te dije así «¡pása!
mi mansión es esta y es esta tu casa;
entra sin cuidado que ella está desierta».

Y allí te quedaste . . . Mas ahora encuentro
que el huésped se ha vuelto demasiado ingrato:
no tiene cuidado con lo que hay adentro
y les da a mis cosas un pésimo trato.

¿Qué fué del canario que en trinos reía?
Le quitaste el agua, la luz y el alpiste;
y hoy, pobre de todo, desconfiado y triste,
olvidó los oros de su melodía.

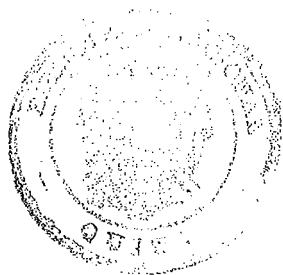
¿Qué fué de mi cerco nítido de rosas?
Tu mano una a una
las tronchó, y corrieron la misma fortuna
de mis otras cosas.

¿Qué fué de mi fuente? (Mi fuente tranquila,
sitio de reposo de mis noches bellas
porque allí buceaba mi pobre pupila
en el claro fondo remotas estrellas).

¿Qué fué de mi fuente? También en tu mano
encontró la suerte que ha corrido todo:
le torciste el cauce—recto y soberano—
y su limpio espejo se enturbió de lodo.

Sál, Tirana, ahora . . . No ves que no queda
nada en pie en mi casa, nada sonriente:
se agostaron todas mis rosas de seda . . .
se calló el canario . . . se secó la fuente . . .

Pero tú no quieres salir, y confusa
oyes la aspereza de mi invitación,
porque no comprendes que eres una intrusa
en la torre de oro de mi corazón.



EPISTOLARIO ROMANTICO

I

CARTA DEL AMANECER

¿CÓMO te recibió la mañanita,
Doña Sol, castellana de mis lares? . . .
¿nevaron para tí los azahares
bajo el filtro embrujado de la luna?
¿las rosas—una a una—
el clavel y los lirios, cuando abrías
al sol esta mañana
el alto mirador de tu ventana,
te dijeron acaso «buenos días»?
¿y el sol, el padre sol, tu rubio hermano,
fué como siempre el carifioso amigo
que suavemente, con dorada mano,
anunció la mañana en tu postigo?

¿Las aves en el huerto
—la alondra, el ruiseñor y tu canario—
no te rindieron el tributo diario?
¿no prorrumpieron en cristalerías
y—alados trovadores—
en coro con las flores
también no te dijeron «buenos días»?

¿La fuente cristalina,
que al pie de tu ventana ágil rumora,
no se hizo más sonora
para mirar cuando al balcón salieras?
¿no te guardó en su espejo algo de aurora?
¿no consteló de flores sus riberas
y loca no arrastró sus pedrerías
—diminutas y suaves—
y en coro con las flores y las aves
no te dijo también «muy buenos días»?

¿Y cómo estaba el cielo esta mañana?
¿no lo encontraste puro y transparente,
con azul de oceano
y soñadora nitidez de fuente?
¿no se puso al alcance de tu mano
cual si quisiera acariciar tu frente?

¿Qué murmuró la brisa en tus cristales? . . .
¡Dime el secreto de la brisa, hermana!
¿Cuándo rozó discreta tu ventana
no te sonó inefable, como a risa,
y no trajo la voz de una campana
que te llamaba tempranera a misa?

Sí, Doña Sol, yo sé que recibiste
el saludo de alados trovadores,
de rumorosa brisa y clara fuente,
de perfumadas flores

y cielo transparente.
Pero tú no sentiste
una cosa muy blanda, tibia y leda,
que delicadamente,
cual si fuese de seda,
se posó sobre el lirio de tu frente;
y con el suave roce
la alcoba se pobló de puntos rojos
y hubo una claridad ultra-divina,
porque se abrieron tímidos tus ojos
como quien va corriendo una cortina.

Sí, Doña Sol, aquella suave cosa
que despertó tu sueño muelle y lerdo
y que tú no sentías,
fué mi humilde recuerdo
que te dijo también «muy buenos días».

II

CARTA EN QUE EL POETA LE DICE SU
AMOR A DOÑA SOL

Doña Sol: en la huerta sopló sobre mi Sueño
un viento hostil que deshoja las rosas,
y sólo quedó en pie un brote abrioleño . . .
Tú eres la única cosa entre las cosas
que aun tienen para mí color de ensueño.

Y a veces te adivino,
aunque lejana, cada vez más mía;
en mi propio camino,
casi tan cerca que me bastaría

para encontrarte uncida a mi destino,
 estar dentro de mí como en acecho
 y en lugar de buscarte en lejanía,
 tomar la fácil ruta de mi pecho.

Y acaso tú no sabes mientras tanto
 de esta tiniebla gris en que me pierdo
 y cuya única luz es tu recuerdo,
 —recuerdo azul diafanizado en llanto;
 pues, ¿cómo has de saber cosas ajenas
 del corazón humano,
 tú que en ruinas de amor la planta posas
 y que de talismán para tus penas
 tienes un huerto vívido de rosas,
 un canario y un piano?
 ¡Tú no puedes sentir mis pobres cosas!

Si a tí me acerco, cada vez más lejos
 te he de sentir de mí, porque tu lado
 tiene la santidad de una ara augusta;
 y siendo así, mi arrimo, te disgusta . . .
 ¡Claro! si hasta mi amor es un pecado.

Mas piensa un sólo instante
 que de nada te sirven tus desdenes,
 pues mientras más tiránico es tu empeño,
 más te llevo engastada en el ensueño
 como una estrella de oro entre las sienes.

Sí, Doña Sol, yo sé que sólo tienes
 para el fluír de mi emoción secreta
 una piedad sarcástica e imprecisa . . .
 No sabes ser ni en tu desdén discreta
 y murmuras de mí, loca de risa
 e incompasivamente «es un poeta».

Y no quieres pensar que esta difusa
noche en tinieblas de mi poesía
arranca de tí misma, desde el día
en que te hice hermanita de mi musa.

Y me lo debes todo . . .
Me debes la leyenda
que te forjé con indecible empeño,
cuando me eché una voluntaria venda
para hacerte más digna en el ensueño.
Y si hoy te dicen «bella»,
no es que el dedo de Dios te haya tocado,
sino porque elocuentes y dispersos
así te han proclamado
los sonoros heraldos de mis versos.

No te gustan los versos, no te gustan;
y así lo dices con indiferencia . . .
No lo repitas, Doña Sol; podría
dejar de amarte por la irreverencia
que le cometes a la poesía.

¿Acaso no comprendes
el divino milagro del poeta
que con la humilde arcilla de los versos,
al darle escape a su emoción secreta,
levanta fabulosos universos?
¿Y en qué absurdo sofisma
has sabido inspirarte?
porque al negar la excelsitud del arte
te niegas a tí misma.

¿Qué son tus lindos brazos,
—radiantes paradigmas de elegancia—
armoniosos, elásticos y finos?
¿no tienen la impecable consonancia
de dos alejandrinos?



Y tus pupilas, tus pupilas verdes,
—agua de mar cautiva entre cristales—
¿no son tras la pestaña
dos dulces madrigales
románticos que suenan como a España?

¿Y qué es tu fresca boca
cuando tu risa trémula e indiscreta
ensaya un retintín de campanilla?
¿no es una pandereta
que acompaña una alegre seguidilla?

Sigue, pues, mientras tanto
con tu piedad sarcástica e imprecisa
en tu duro desdén siendo indiscreta
y diciendo de mí, loca de risa
y despectivamente, «es un poeta»;
que yo piadosamente
he de tener en pie la azul leyenda
con que he cercado tu radiosa frente,
y aunque en destruirla tñ muestres empeño,
conservaré mi voluntaria venda
¡para seguirte amando en el ensueño! . . .

III

EL POETA INVITA A

DOÑA SOL AL JARDIN

Ven, Doña Sol, bajemos a la huerta
a dialogar a solas, sin testigos;
y olvida mi pasión inoportuna;
piensa que bajo el oro de la luna
seremos dos amigos.

Ya asomas . . . En el parque se dilata
la sombra que proyecta tu silueta,
y el espejo del agua te retrata
como un raro capricho de paleta
sobre un bruñido medallón de plata.

El huerto tiene cosas misteriosas . . .
Estamos en Abril, la lisonjera
edad florida de la primavera,
del blanco lirio y las purpúreas rosas;
y arrastra el viento ráfagas divinas
de mirra y cinamomo
y huele el huerto como
si quemaran en él suaves resinas.
Vé la luna en menguante
cómo va recortando aquella nube,
¿no te parece una segur gigante
que le troncha las alas a un querube?
Y está la noche bella,
diafanizada, rubia, sin un velo,
¿no vez en cada estrella
un ojo por el cual nos mira el cielo?

Y quiero, Doña Sol, que dialoguemos
sobre cosas amables . . .
En la nocturna soledad seremos
dos pálidos hermanos
que, enfermos de ternuras inefables,
dialogan con el alma entre las manos.

Elige sitio en el jardín. ¿Quisieras
el discreto refugio de la banca
que ampara con su nieve el limonero?
Allí en urdimbre las euredaderas
tejen una cortina espesa y blanca
que hará nuestro coloquio más sincero.

¿De qué hablaremos? Yo no sé. Quisiera repetirte otra vez lo que te he dicho, pero pienso que acaso mejor fuera no moverte a desdén con mi capricho. Y sobre todo, si viniste al huerto fué por buscar silencio y poesía ¿y para que enlutar nuestra alegría con la añoranza del amor que ha muerto?

Callemos, pues, lo que olvidar debemos . . .
No fué la culpa tuya; fué el Destino que quiso que seamos cual dos fuentes que por correr por cauces diferentes no pueden encontrarse en su camino.

En una noche diáfana como esta el corazón palpita de deseo y se siente poeta; en una noche así debió Romeo escalar los balcones de Julieta. No llores, Doña Sol, es un pecado sentirse triste en una noche de estas, cuando hasta el corazón acongojado es como un bronce que repica a fiestas. Pero la culpa es mía . . . Sin motivo ninguno he sabido mostrarme inoportuno al remover lo que callar debía.

Perdona, Doña Sol, pero no puedo estar junto a tu lado sin que mi corazón en desventura te hable de su camino de amargura como de un viejo cuento ya olvidado.

¿Qué no me quieres? Bien; y qué me importa?...
En tu cariño no he cifrado nada;
si grande es tu desdén, la vida es corta
y alguna vez me sentiré querido,
cuando sobre mi tumba abandonada
una cruz me rescate del olvido.

Pero es ya tarde, Doña Sol, y debes
regresar a tu estancia;
yo ampararé tu sueño a la distancia
y acaso en la quietud de tu aposento,
arrepentida y noble como nunca,
tendrás un compasivo pensamiento
para el dolor de mi esperanza trunca . . .

I V

EL POETA HA VISTO A

DOÑA SOL EN LA CALLE

Hoy te ví, Doña Sol, muy de mañana . . .
Saliste apenas al rayar el día,
a poner una nota de alegría
en la grave tristeza ciudadana.

Te adiviné de lejos por el grato
aroma que acostumbras a menudo,
y al pasar me quisiste hacer presente
que no te soy del todo indiferente
con la glacial limosna de un saludo.

Mas fué un saludo rígido y escueto
 que más que de amistad me habló de o'vido;
 uno de esos saludos que de paso
 suelen brindársele a un desconocido.
 Y en cambio si pasabas
 ante otro que no más es un amigo,
 al contestarle tú los «buenos días»,
 así como glácil fuiste conmigo,
 jovial le sonreías.

¿Y por qué, Doña Sol, ese severo
 desdén que de ordinario
 para mi amor inofensivo tienes?
 ¡Si amándote ya tengo mi Calvario
 y mi cerco de espías en las sienés! . . .

En el marco burgués de la avenida
 tu elástica silueta
 era la única nota colorida . . .
 (¿Comprenderán por qué dijo el poeta
 que tú viniste a embellecer la vida?)

Ibas de compras, distraídamente,
 con paso lefítico, cadencioso y blando;
 y noté que la gente
 se quedaba mirando
 el rítmico compás de tus pisadas
 y la esbeltez altiva de tu porte;
 porque eres, Doña Sol, el claro norte
 al que convergen todas las miradas.

¡Qué huérfanos de gracia parecían
 cuando pasabas tú todos los seres!
 Los hombres no eran hombres;
 mujeres las mujeres;
 sino cosas innumerables con nombres . . .

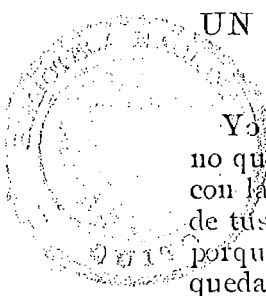
¿No viste la manera
servil con que la gente
se inclinaba a tu paso, reverente,
como si el mundo fuera
un trono desde el cual dictas tus fallos,
por derecho de gracia y gentileza;
y ante el cual doblegamos la cabeza
en fendido tributo de vasallos?

¡Y qué gusto armonioso en tu vestido! . . .
Todo te sienta bien, cual si bastara
que te pongas un traje humilde para
que gane en elegancia y colorido;
y así, cuando la sombra de tu talle
hubo del bulevar desaparecido
como una vela que en el mar se pierde,
quedó flotando un rato por la calle
la vaga huella de tu traje verde.

Y me fuí tras de tí calladamente,
con un mundo de sueños en la mente. . .
¿No viste en mis pupilas como un ruego
apasionado, cándido y sencillo?
Sí, Doña Sol, yo parecía un ciego
que en pos camina de su lazarillo.

Mas, luego te esfumaste en el extremo
del bulevar que llega a tu morada,
y cuando ya tu sombra se perdía
tras la puerta, mi labio en agonía
te imploró una mirada;
pero tú no quisiste ser piadosa
con el que en tu interior nada despierta
y cerraste la puerta
como quien cierra el hueco de una fosa.

V

CARTA EN QUE EL POETA LE HABLA DE
UN PAÑUELO A DOÑA SOL


Yo soy injusto, Doña Sol; debiera
no quejarme de todo, ni hablar tanto,
con las pupilas túrbidas de llanto,
de tus desdeues y mi desconsuelo;
porque en la noche hostil de mi locura
queda un pedazo fúlgido de cielo
que aprisioné en el palmo de blancura
de un cándido pañuelo.

Es un pañuelo tuyo. . . No sé cómo
vino hasta mí; sé sólo que hoy reposa
a mi lado en fraterna compañía
y que lo guardo como guardaría
un creyente una imagen milagrosa.

Y este es el mal divino del poeta. . .
Embellecer en el ensueño todo
lo que haya sido de la Amada, a modo
del pintor que feliz con su paleta
transfigura al pincel todas las cosas
y de la insana fetidez del lodo
hace brotar la nieve de las rosas.

¿No ves? ese pañuelo
en manos de un burgués ventripotente
sería solamente
un pedazo de tela;

mas yo que en otros mundos andar suelo,
hallo en él el consuelo,
de quien en cambio de una noche en vela
aprisionó un pedazo azul de cielo;
porque sé recordar que él me ha servido
en el grave silencio de mi estancia
para curarme un poco de tu olvido . . .
¡Cuando se aspira toda su fragancia,
cómo se ve que tu le fuiste nido!

Si vieras el frenético alborozo
con que en mis horas de dolor lo estrecho,
como si imaginara el dulce gozo
de soñar que en un plácido reposo
tu cabecita apoyas en mi pecho.

Dí, Doña Sol, ¿en dónde lo has guardado
antes de retenerlo yo a mi lado?
pues tiene un suave aroma de azucena
o un grato aliento de clavel resume;
él se trajo el perfume
que exhala tu fragante piel morena.

Sin duda, Doña Sol, es un tormento
tener algo tan tuyo y de otro lado
sentirte lejos como yo te siento . . .
¿Por ventura he avanzado
con ese pañuelito de batista
algo hacia la romántica conquista
de tu inflexible corazón ferrado?

Y ese valioso talismán me ha puesto
a flor de labios mi febril cariño . . .
Si comprendieras, Doña Sol, los sanos
júbilos que despierta en mí su armíño,
hasta el punto de haberme vuelto un niño
con un raro juguete entre las manos.

Perdona, Doña Sol; yo no quería
 hablarte tanto de tan poca cosa,
 ¡bendita culpa de la poesía
 que despeña un torrente
 de un pétalo de rosa!
 Pero ahora sí sabrás por qué el pañuelo
 que sólo alcanza a ser para la gente
 fácil mercadería,
 es en él arca de mis sueños oro
 que yo no cambiaría
 aunque a mis pies pusieran un tesoro.

VI

CARTA EN QUE EL POETA SE DESPIDE
 DE DOÑA SOL

Hoy, Doña Sol, ya debo despedirme
 de tu esperanza, hostil y pasajera,
 porque mi corazón ha comprendido
 que en tu rosal en plena primavera
 sólo cosechará rosas de olvido.

Y al despedirme siento esa cansada
 tristeza que acongoja a un pobre preso
 cuando deja la reja acostumbrada;
 y es que al dejarte al fin no llevo nada
 ni el aletazo cárdeno de un beso,
 ni la emoción fugaz de una mirada.

Romero ilusionado,
cándidamente suspiré tu arrimo,
sin presentir ingenuo que tu lado
era el de un tronco por el sol tostado,
sin una rama, un brote, ni un racimo.

Y así, tu sombra no fué sombra sino
calor de hoguera que tostó mi frente;
yo buscaba un ramaje verdecido
en cuya copa se meciera un nido
y a cuyo pies cantar viera una fuente.
Mas todo me fué hostil . . . La noche mía
bajo tu cielo se pobló de niebla;
un mendrugo de luz no más pedía
y respondió a mi grito la Tiniebla.

Y entre sombras me tienes
¡cuando soñaba auroras diamantinas!
¿no ves cómo prosperan las espigas
en el estrecho cerco de mis sienas?

¿Qué debo hacer entonces? ¡Si ya a muerto
toca en mi corazón un bronce hermano
y en el cuadro de rosas de mi huerto
sopló su furia cálida el verano . . .
Fatigaré de nuevo mi coturno
en pos de otro Belén menos lejano,
dando traspiés ¡romero taciturno!
con un báculo amigo entre la mano.

Y sin embargo, Doña Sol, cuán duro
es despedirnos del amor que un día
fué para nuestras rosas grata umbría
y para nuestra hiedra blando muro.
Sí, no puedes medir la recia herida
que entonces nos traspasa;

es algo así como la despedida
con que nos alejamos de la casa
en que abrimos los ojos a la vida.

Pero ¿hacia dónde orientaré mi vuelo
si tu amor me ha sembrado
como una encina inmóvil a tu lado;
y me angustia la pena
del cóndor que muy cerca mira al cielo,
más oye al pie la voz de una cadena?

Permite, Doña Sol, que halle refugio.
dónde no oigas el labio que te nombra,
dónde no te haga sombra
ni te sirva de estorbo;
en mi aventura inútil ya he aprendido
a refrescar mis ansias con un sorbo
y en un mínimo hueco a hacer el nido
Seré leve, invisible; no haré ruido,
para tenerte así en indiferencia,
y no darte congojas;
tan leve que si notas mi presencia
dirás «es una esencia»
y dirás si me escuchas «son las hojas».

Pero nó, Doña Sol, es necesario
que me aleje de tí; la Cruz inquieta
abre los brazos sobre mi Calvario
y me esperan la hiel y la saeta.
¿Y a qué, pues, este empeño
de seguir suspirando tu destino
si sé que en mi camino
no pasarás de ser un dulce sueño?

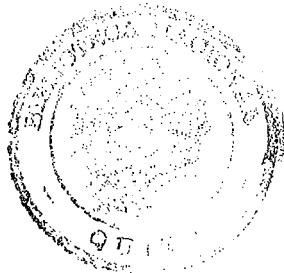
Me alejaré, cantando como viene,
sin que la aguda punta de tu espina
me arranque ni un lamento,
pues pensaré que fuiste la heroína
imposible y fantástica de un cuento.

La heroína de un cuento de esos leves
que narra la abuelita
con notas dulces, trémulas y breves. . .
¡Quién sabe si serás Blanca de Nieves
o acaso la lilibal Caperucita!

.
.

Adiós, mi Doña Sol; en lontananza
verás un ala blanca que tremola
como la espuma nítida de una ola:
es mi muerta esperanza
que en la emoción doliente de mi mauo
te dice las angustias de mi duelo,
con el lenguaje mudo del pañuelo
que me diste en un dulce ayer lejano.

Adiós, mi Doña Sol . . . Al despedirme
de tí no llevo nada
que haya quedado en mi memoria impreso:
ni el reudrugo de luz de una mirada,
ni el aletazo cárdeno de un beso! . . .



EL RUEGO LOCO

NADA te pedía. . . Silenciosamente
pasaba a tu lado, trémulo de miedo,
como si temiese que mi escasa sombra
fuera inconveniente para tu sosiego.

Quiero lo imposible,
hoy que menos pido porque nada espero:
quiero perpetuarme siquiera en tu vida,
por el apartado surco de un recuerdo;
no morir del todo, no ser todo sombras;
resistir al tiempo
y en tí echar raíces, si no como encina,
como trepadora parásita al menos.

Saber que mañana, cuando ya no me halle
en mí, todavía en tí estoy disperso,
como en esas vagas estampas antiguas
la imagen de un muerto.
Con qué regocijo buscaré en tus ojos
mi imagen, que ha sido más fuerte que el tiempo
cada rasgo tuyo será como un índice
que apunta hacia el rumbo de un pasado incierto;
y al volver a hallarnos,
sentiré el contento
del que en el exilio comió pan de angustias
y torna a las playas del nativo suelo.

Sé que en tu tiniebla se apaga mi grito,
que tu fértil sangre no será el abono para mis renuevos,
y a pesar de todo
torno a suplicarte mi porción de cielo:
quiero que me llesves mañana en tu vida
en forma de idea, de imagen o de eco.

Mas nó, que tu carne que mostróse sorda
a llevar mi nombre más allá del tiempo;
esa misma carne que supo ser muda
cuando eran mis ojos voces de deseo,
no querrá tampoco calentar mi nombre
en el apartado surco de un recuerdo.

Mas si es todo en vano,
si tampoco escuchas mi angustiado ruego,
si en tí no me es dado perdurar mañana
en forma de idea, de imagen o de eco,
aun puedes salvarme de tu propio olvido,
¡llevándome en forma de remordimiento! . . .

TRIPTICO DEL ROSAL

I

EXHORTACION AL ROSAL

SI Ella no ha de cercarse con tus rosas la frente,
dí ¿para qué tu empeño de florecer, rosal?
Déjalas que se alejen sobre el agua corriente
que lame tus raíces con lenguas de cristal.

En vano Primavera te vistió blancamente
como a una novia cándida en el día nupcial;
y en vano porque al cielo hoy levantas, doliente,
tu ramaje desnudo del dón primaveral.

Ampararé tus rosas en un abrazo estrecho,
como si presintiera que Ella sobre mi pecho
dobla lánguidamente su cabecita loca;

y al irse en la corriente las rosas que te arrancas
soñaré que esas rosas—divinamente blancas—
son los tímidos besos que me negó su boca . . .

II

LAS ROSAS BLANCAS

Tengo nevadas rosas que mi rosal ha dado
en mis calladas noches de ilusión, una a una,
cuando yo presentía que Ella estaba a mi lado
transfigurada en una franja móvil de luna.

Hipnóticas de ensueño e indemnes de pecado,
mis rosas han crecido soñando la fortuna
de ir a besar su frente, con ese inmaculado
candor con que se besa a un niño entre la cuna.

Y mientras que mis rosas languidecen de olvido,
inútilmente blancas porque Ella lo ha querido,
en una torturante crucifixión de espinas;

Quien sabe si mañana, en un día cercano,
irremediablemente ciñe una impura mano
su frente con un cerco de rosas purpurinas . . .

I I I

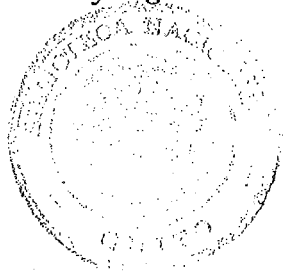
LAS ROSAS HUMILDES

Triste con sus congojas, con sus goces risueño
y con sus inconstancias resignado y altivo,
talvez Ella no sabe que en silencio cultivo
en surcos muy humildes las rosas de mi ensueño.

Si su afecto me brinda, callado lo recibo;
pero si no, tampoco en lograrlo me empeño,
y mientras más inútil es más dulce mi sueño,
y mientras más me olvida mi cariño es más vivo.

Talvez Ella mañana lo sepa sin que pueda
toruar a mí sus ojos, porque abundante nieve
sopló entonces el ábrego sobre mi rosaleda;

La esperé mucho tiempo... Tanto, que cuando vino
ví llegar una sombra—muy escasa y muy leve—
tomé de nuevo el báculo y seguí mi camino.



PORQUE SOY HUMILDE

PORQUE soy humilde, diz que no me quieres...
porque nada valgo, porque mi existencia
es menos que el polvo que inocentemente
cada rato huellas . . .

Y humilde es el agua que baja cantando
de las altas breñas,
y humilde se asoma por entre la grama
la débil violeta,
y humilde era el pobre Jesús Nazareno
vestido de harapos, de fe y de tristeza;
y con ser humildes, tú bebes el agua,
luces la violeta
y puesta de hinojos, cada vez que sufres
a Jesús le rezas . . .

Porque soy humilde diz que no me quieres . . .
mas oye, en tus ratos de silencio piensa
que cuando nos suene, compasivamente,
la hora postrera,
yo—el que nada vale porque soy humilde—
y tú—la soberbia—,
seremos iguales
bajo una mortaja y un poco de tierra. . .

SE QUE ESTAS TRISTE...

SÉ que estás triste, que tus ojos vierten
en lágrimas tu pena
y que tu rostro es una rosa ajada
que el infortunio enferma.
Yo que por tí he sufrido más que nadie,
hoy en vano quisiera
rescatar con mi pena tu alegría
y con mi llanto serenar tu pena.

Pero es justo que sufras,
pues quien sabe si así talvez comprendas
lo que es marchar camino del Ensueño
con las pupilas ciegas,
mientras que arriba trémulos nos miran
el sol y las estrellas.

Mas si se agota el llanto,
si al fin exhausta queda
la fuente cristalina de tus ojos,
déjame tu tristeza,
que en mis pupilas hay bastantes lágrimas
para llorar mi cuita y las ajenas.

Llora sin descansar. . . hasta que te ahogues
esa angustia secreta;
talvez así perdone por tu lloro
el mal que me haces y el que hacerme puedas. . .
Por un poco de llanto Jesucristo
perdonó a Magdalena.

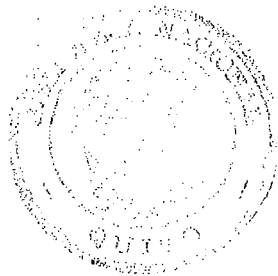
EL ADIOS

Ven conmigo a la arena de la playa:
quiero verte llorar cuando tendida
su blanca vela el bergantín se vaya
y a bordo yo te dé la despedida.

Y cuando ya la nave tras la raya
azul del mar esté desvanecida,
quiero pensar que en la honda se desmaya
un suspiro de tu alma adolorida.

Porque quizá el más íntimo consuelo
para el que parte es ver algún pañuelo
amigo que se agita en el contorno;

Y recordar que en la natal ribera
un corazón acongojado espera
con ansiedad febril nuestro retorno.



PUDO HABER SIDO . . .

Pudo haber sido . . . sin que nunca fuera.
Cándido sueño que soñe despierto,
cuando aun sonreía Primavera
sobre las tibias yemas de mi huerto.

No pudo ser . . . pero si hubiera sido,
talvez el llanto hoy nublaría mis ojos;
quién sabe si mejor me fué su olvido
que la cosecha de sus labios rojos.

Pudo haber sido . . . pero, en fin, quién sabe
si aun puede ser. El corazón espera
que otra vez hacia el nido vuelva el ave
y hacia el mustio jardín la primavera . . .



HACIA LO ALTO

Y así ascendí: sobre la cumbre enhiesta
una pálida estrella sonreía,
y con ansia infantil trepé la cuesta,
camino de la abrupta serranía.

La frente en llamas, con el alma en fiesta,
subí cantando; y en mi romería
no desmayé ni tuve una protesta,
aunque la estrella fuese menos mía.

Y sigo en pos de la lejana estrella,
que cada vez más tímida y remota,
trémulamente en el Azul destella . . .

Talvez un día pisaré la cumbre,
la frente helada, con el arpa rota
y las pupilas huérfanas de lumbre . . .

VOCES PRETERITAS

(De Alfonso Obispo)

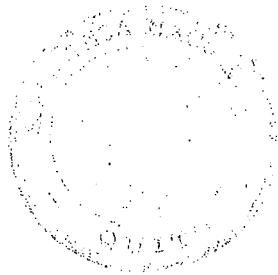
SANGRE FRANCESA

¿No recuerdas, señora? Fué un soberbio homenaje
aquel baile que Francia dió a su reina Antonieta.
(Éras tú una marquesa de preclaro linaje
y en la corte yo estaba como un fácil poeta.)

En tu rico abanico te rendí vasallaje
con un lindo soneto en que fuí claro esteta
y tú en pago prendiste de mi gola en su encaje
la corola morada de una humilde violeta.

Ésa flor fué motivo para que un caballero
en la sombra cruzara con mi acero su acero:
hasta el pomo en el pecho le inferí una estocada;

Pues bien sabes, señora, que es de sangre francesa
hilvanar una estrofa y esgrimir una espada
cuando media el cariño de un rubia marquesa.



EL FALLO

DONNA Inés... Doña Blanca... ¿Por cual mi amor ferviente?
si ambas tenéis derecho a un cariño de hinojos . . .
Vos, Doña Blanca, infanta de la morena frente;
vos, Doña Inés, condesa de los azules ojos.

Y son vuestros escudos ilustres igualmente;
mas no sé por cual debo definir mis autojos,
por el que apresa en gules un sol resplandeciente
o el que enmarca una torre de ferrados cerrojos.

Y como no es posible decidirme sin pena
por la condesa rubia de las pupilas grandes
o la divina infanta de la frente morena,

Hoy mismo he de marcharme, con la tizona al cinto,
a dar muerte por gloria en los Tercios de Flandes
bajo el pendón augusto de mi rey Carlos Quinto.

LA FUGA

DICES que no te es dado ser mi esposa mañana
aunque fervientemente lo desees tú misma,
porque mi oscuro nombre viene de la morisma
y eres tú de la rancia encima castellana.

También la ley sagrada del Corán es severa
con los que pacten lazos con las hijas de Roma,
mas ¿para qué mezclar a Cristo y a Mahoma
en estas dulces cosas en que Cupido impera?

Sin falta haré la guardia esta noche en tu foso
y cuando en el castillo todo se halle en reposo,
montarás a la grupa de mi brioso alazáu;

Y si el conde, tu padre, se oponc a la escapada,
conocerá el tajante mandoble de mi espada
¡y así talvez se aplaquen las iras del Corán!



EN LA ARENA

CALZADO el guante y ciego de coraje
bajé al palenque. Iba a cruzar mi acero
por mi patria y mi Dios y mi linaje,
como es ley en el noble caballero.

Iba a segar también en tu homenaje
una hoja de laurel; y fuí certero,
pues mi rival rindióte vasallaje
bajo mi rudo brazo justiciero.

Ante mis pies rodó un clavel lozano,
(quizá la ofrenda de escondida mano);
yo te brindé la flor desde la liza,

Y pronto fué mi complacencia loca,
cuando ví que en el carmen de tu boca
se duplicó el clavel en tu sourisa . . .

CELOS

NOTO que Don Rodrigo pone extraña porfía en hacerte la corte, sin tomar en cuidado que tú, Doña Violante, hace tiempo eres mía por derecho de sangre, de amor y de pecado.

Con esto Don Rodrigo va contra la hidalguía, y a fe que echa sus pasos por camino extraviado, porque no seré yo quien sufra la osadía de que plantas ajenas entren en mi cercado.

No sé qué culpa puedas llevar, Doña Violante,
en esta felonía que hoy viene amenazante
a herirme en pleno pecho con un arcabuzazo;

Pero es bueno que sepan señora y caballero
que al segundo le espera vengador un acero
y a la blanca garganta de la adúltera un lazo.

EL GRAN VENCIDO

UN cóndor gigantesco que en las cumbres andinas
rizó el crespón luciente de su arisco plumaje,
hoy se abate, con mengua de su claro linaje,
entre el oprobio férreo de cadenas indinas.

A veces en su pecho clávanse como espigas
agudas los recuerdos de la vida salvaje,
cuando se abre una ojiva en el verde follaje
y ve el sol que descende por las rientes colinas.

El quisiera un momento ascender al espacio,
embriagarse en los oros del bruído topacio
y volver a las nieves de sus cumbres serenas;

Mas de pronto se esfuman sus risueñas visiones,
cuando insomne sacude los potentes plumones
y oye sólo un sonoro retintín de cadenas . . .

ROMANCE DE LA
DAMA ALTIVA

(Para Pato Durán)

CUATRO caballeros velan
con los aceros desnudos
el cadáver de Don Alvaro,
y el viejo castillo en luto
luce banderolas negras
en memoria del difunto.

Un ancho boquete muestra
el fuerte lanzazo rudo
con que el contrario echó en tierra
a Don Alvaro de un tumbo.

Fué esta tarde en el torneo
en que Don Alvaro hubo
de proclamar a su dama
como la mejor del mundo.
En la diestra con la lanza
y en la siniestra el escudo,
lanzó su orgulloso reto
con fiero acento seguro.

Entre la apuesta falange
de los caballeros, uno
quiso probar lo contrario
de lo que el audaz sostuvo,
y saltó presto a la arena
en su caballo lebruno.
Y le fué buena su estrella,
porque en cuestión de un minuto
logró el lanzazo que hoy lleva
a Don Alvaro al sepulcro.

.
.

Dofia Guiomar hace falta
en la capilla del muerto,
y por ella dió su vida
esta tarde el caballero.
Es ella la bella dama
cuyo nombre en el torneo
costóle al bravo Don Alvaro
el mortal golpe en el pecho.

Pero esta noche no puede
la dama velar el féretro
porque ha de asistir al baile
que el monarca justiciero
da en honor de los hidalgos
que en la palestra vencieron.

Hace bien Doña Guiomar
en no entrar en desconsuelo
por uno más que ha caído
ante el bote del acero;
de lo contrario tendría
que guardar perenne duelo,
pues son muchos los que han dado
rica sangre en el torneo
sirviéndose de su nombre
como estandarte de reto.

Y aseguran malas lenguas
que Doña Guiomar ha abierto
su corazón a un humilde
y afortunado mancebo.

Ella a cuyos pies a diario
gloria y riquezas han puesto
y por quien gustoso diera
el monarca hasta su reino,
es fama en toda la corte
que comparte amor y lecho
con un paje que no porta
caballo, escudo, ni acero,
pero que en cambio le brinda
el tesoro de sus versos! . . .



EL PIRATA

Yo he sido pirata . . . Sobre el mar violento
se hinchaba la blanca lona de mi vela
como un seno virgen en la pubertad;
y al paso radiante de mi carabela
dormían las olas, se callaba el viento
y no aullaba el lobo de la tempestad.

Tenía mi asiento en una desierta
isla donde nadie ponía la planta
y que custodiaba la furia del mar;
y cuando rugía mi ronca garganta
impartiendo mando desde la cubierta,
hasta el mismo Atlante se echaba a temblar.

Una calavera sobre fondo rojo
era el estandarte—símbolo de muerte—
que ostentaba indócil el alto bauprés . .
¡Guay! del que en mis manos pusiera su suerte,
del que desafiara valiente mi enojo,
del que no se echara sumiso a mis pies.

Y cuando la quilla de mi ágil velero
rasgaba el hinchado seno de las olas,
sobre el mar soplabá rugiendo el terror;
y rápidamente las naos españolas
torcíau la recta de su derrotero,
huyendo mi fuerte brazo vengador.

Cien lobos marinos—viejos veteranos
de todos los mares—formaban a bordo;
era el mar su patria y era yo su rey;
ni la ira temible del cruel oceano,
ni el cañón ibero servían de estorbo
para ellos que estaban fuera de ley.

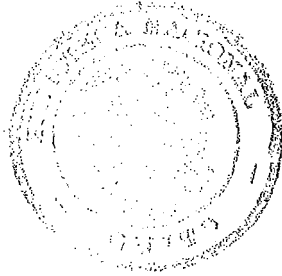
Pero en un combate fué rico trofeo
una primorosa virgen castellana,
hija de un bizarro virrey del Perú
sus rizos, el rubio sol de la mañana;
sus labios, la roja graua del deseo;
sus ojos, el fondo del océano azul.

Y entonces, de dueño pasé a ser esclavo. . .
El azor temible se volvió palóina
y el rojo estandarte rodó del bauprés;
porque su cariño—ponzoñoso aroma—
se me fué alma adentro como un áureo clavo
y puesto de hinojos me sembró o sus pies.

Y un día los mares, que me habían visto
vocero de espanto por donde pasaba,
—sin Dios y sin patria, fuera de la ley—
atónitos vieron un hecho imprevisto:
de una antena íbera mi cuerpo colgaba,
frente al estandarte glorioso del Rey . . .

MUJERES DE QUITO

(Para Luisa Abelma Pérez Peraza)



EN LOOR AL ARTE DE LUCRECIA

CONTRA el negro del piano el cuerpo de la artista,
preso en purpúreo traje, con gracia se destaca,
cual si fuese un brochazo impresionista
sobre un biombo de laca.

El salón está en sombras;
pero de pronto el piano fulgura, iluminado
por el contacto leve de las manos aquellas,
cual si al tocar la nieve del teclado
¡fuesen las manos derramando estrellas! . . .

Todos estamos mudos. . . La emoción nos apaga
la voz entre los labios . . . Tengo el alma de liñojos,
y el ritmo se nos entra por los ojos
como una tenue lucecita vaga.

Lentamente las manos se desmayan serenas
sobre el teclado como hipnóticas de luna,
y manos y teclado forman una
fraternidad de lirios y azucenas . . .

Pero de pronto el piano se electriza
bajo el impulso mágico de un crescendo final,
y en trueno se convierte el suave s6n sencillo
cual si fuesen las manos un martillo
y todo el piano fuera de cristal.

Ella nos da la espalda . . .
su corta cabellera tiene algo de salvaje
cuando al compás del ritmo sobre sus hombros flota,
y hace pensar la púrpura del traje
en el desangre de una arteria rota.

Divino traje que adorablemente
la envuelve en una mancha purpurina
y que al besarle la garganta inquieta,
recuerda a la infeliz María Antonieta
bajo el mordisco de la guillotina . . .

.
.

Súbito el piano trunca la sentida cantata,
y el salón queda huérfano de gracia y armonía;
pero la fascinante melodía
y el vestido escarlata
quedan grabados en mi fantasía
como a cincel sobre metal de plata . . .

LOS OJOS DE EMMA

Yo vi esos ojos en otra parte,
mas no recuerdo ya con certeza
si fué en un rico museo de arte
o en un soneto de Villaespesa.

Quizá hace tiempo, cuando leía,
allá en mi tierna, remota infancia,
amenas cosas de galanía
de la bizarra corte de Francia.

De aquella Francia galante y fina.
—guante en la corte, garra en la guerra—
que irreverente lanzó por tierra
de un sólo tajo la guillotina.

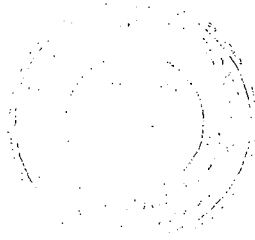
De aquella Francia la ya olvidada
en que a menudo los caballeros
se disputaban con los aceros
el dón precioso de una mirada.

Hay en aquellas historias una
que cuenta el rudo coraje fiero
con que se bate bajo la luna
por unos ojos un mosquetero.

Y así termina la historia aquella:
cuando en su pecho la aguda espada
prendió la rosa de una estocada,
el rayo trémulo de una estrella
hizo las veces de la mirada
que le negase la ingrata aquella.

.
.

En estos tiempos ya no hay aceros,
ni en el instante de los enojos
habla la lengua de las espadas;
pero sí existen tus claros ojos,
por los que pueden los caballeros
trocar miradas por estocadas . . .



EL MUNDO IGNORADO DE ISABEL

ISABEL la Católica le brindó un mundo a España porque oyó la palabra de Cristóbal Colón, y por ella Castilla tuvo una nueva hazafia y su preclaro escudo tuvo un nuevo blasón.

Quando ante el mar bravío desmayaba el coraje de los que acompañaban al bravo genovés, el nombre de la Reina sobre el ronco oleaje era como una enseña sobre un alto bauprés.

Hoy ha pasado la era de los descubrimientos . . .
Ya no insuflan las naves sus velas en los vientos
en busca de ignoradas tierras de promisión;

Pero en la noche eterna de tu pupila umbría
hay un mundo ignorado por el que bien podría
echar al mar sus naves un Cristóbal Colón . . .

OLGA DE ANDALUCIA

Ni sus discretos labios tan rojos,
ni su menuda lengua rosada
son elocuentes como sus ojos
cuando dardean una mirada.

Frente a sus ojos se experimenta
esa paz grata, diáfana y honda
del que en las claras tardes se sienta
a leer un libro bajo una fronda.

Y su mirada profunda y rara
es una tibia caricia leda,
cual si al mirarnos nos arrojara
dos invisibles cintas de seda.

¡España! grita su gracia inquieta . . .
Andalucía la de Sevilla,
la que sacude una pandereta
frente a una copa de manzanilla.

Andalucía la de las majas,
la que en sentidas coplas se queja,
la de los toros y las navajas
y los amores junto a la reja.

De haber nacido en Andalucía
sería Carmen la del torero,
o hubiera huido a la seranía
montada al anca de un bandolero.

Y si las luchas hubiese visto
entre los árabes y el cristiano,
dejado habría la fe de Cristo
por el capricho de un mahometano.

Porque en sus venas fértiles lleva
la roja sangre de la aventura;
(quizá esta loca fiebre se deba
a una enfermedad literaria).

Pero ella debe sentirse ufana
de esta locura medio manola;
pues si por cuna es ecuatoriana,
por algo debe ser española . . .

SU MAJESTAD FABIOLA, REINA DEL ESTUDIANTE

AL pie de los altares que en Grecia tenía Eros
no sólo eran ofrendas propicias los corderos,

Las aves, ni las mirras perfumadas de Oriente:
junto con la hetaíra que por rico presente

Dos tórtolas traía; junto con los pastores
que de la agreste Arcadia, coronados de flores,

Llegaban con el tímido cordero inmaculado;
junto con los labriegos de Tesalia que fieles

Al rito consagraban sus ánforas de mieles,
veíase a menudo llegar el inspirado

Portalira de Atenas y ante el marmol divino
depositar su canto trazado en pergamino . . .

Y así, mi musa envidia para voz un poema,
digno de la corona que vuestra sien diadema:

Un tanto matizado de frívola elegancia,
cual si cantara en pleno Siglo de Oro de Francia;

Nítido, picaresco, cortesano y sonoro,
(Francia la de Versalles y España la del moro);

Un poco Luis Catorce y un poco Carlos Quinto,
(en la diestra los guantes y la tizona al cinto) . . .

Pero mi pobre musa tiene mudéz de piedra:
humilde se corona de pámpanos y hiedra;

Viste ilustres harapos, ana el vivir sencillo
y en vez de un áureo pífano emboca un caramillo.

¿Cómo querer entonces que ella—la Cenicienta—
al ir a vuestro lado vaya a sufrir la afrenta

De verse rechazada por los custodios fieles
que montan fiera guardia bajo vuestros diuteles?

En cambio, en vuestra corte bufones y poetas
ensayan áureas trovas y elásticas piruetas,

Mientras que adictamente fanáticos guerreros
velan vuestro reposo bajo un bosque de aceros . . .

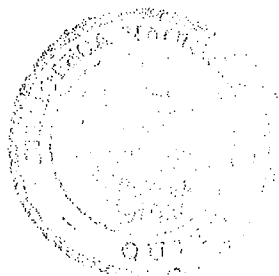
.
.

Reina: para cantaros huérfano estoy de galas
y encuentro vuestro solio muy lejos de mis alas.

Y ya que en vuestro elogio no le cabe al poeta
sino el címbalo de oro o la marcial trompeta;

Y ya que en mi cercado no hay mirtos ni laureles,
sino rústicas rosas y anémicos claveles;

Me es dado todavía mostrar que os reverencio:
jensayando en mi lira un poema, el Silencio! . . .



AL PASAR CARLOTA

ME emocionaste un sólo instante
con tu loca frivolidad . . .
Ibas tú camino adelante
por la clara calle real.

Tu ligera falda encarnada
y tu sombrero de tisú
ponían una pincelada
en la fresca mañana azul.

Seguí, curioso e indiscreto,
el taconeo de tus pies,
que formaban un ágil dueto
de bailarines de minué.

Dejabas un aroma grato
de heliotropo, rosa o benjuí,
cual si hubieses estado un rato
por la mañana en el jardín.

Tu figura luego en la puerta
de una casa se me perdió,
y quedó la calle desierta
de perfume, gracia y color.

Desde aquel momento distante
no has vuelto a la calle real;
pero me diste en un instante
un minuto de eternidad . . .

EL LAUREL DE CLEMENCIA

“**S**ALTE a la arena el menguado . . .
que al salir a la palestra
no en balde llevo en la diestra
un acero repujado,
para firme sostener
con el ímpetu del que ama
que no existe otra mujer
por encima de mi dama».

Así dijo el caballero
con gesto altivo y galano,
mientras blandía en la mano
la centella del acero . . .
Calló atónita la gente
aute el reto amenazante,
nadie recogió aquel guante
que lanzó el garzón valiente.

Cuando con una sonrisa
dejó la arena el doncel,
llevaba sobre el broquel
una preclara divisa;
y aplaudió la concurrencia
con desbordante alegría
la leyenda, que decía:
«¡por mi honor, y por Clemencia!»

LOS SUEÑOS DE MARIANELA

SINCERAMENTE dime, Mariana,
¿qué dulces sueños hila tu mente
cuando de codos en la ventana
sobre la mano doblas la frente?
Porque he notado que de repente
tus rojos labios se hacen risueños
y los escondes tras de la mano . . .
¿Acaso piensas en el lejano
radiante Príncipe de tus Sueños?

En ese mismo que sueñan todas
las jovencitas en primavera
cuando en las tardes, tras la vidriera,
se forjan vanas, augustas bodas,
que al fin destruye la larga espera.

Ellas que tienen sólo desdenes
para el que iluso les da cariño,
pues ambicionan más altos bienes:
regias coronas para sus sienes,
para sus hombros mantos de armiño.

No tejas vanos sueños, Mariana,
cuando en la tarde, calladamente,
puesta de codos en la ventana,
sobre la mano doblas la frente;
pues a ese príncipe que ha forjado
tu cabecita divagadora
le es imposible venir ahora,
ya que hace tiempos está encantado.

Y en cambio fija tus lindos ojos
en el que enferman hoy tus desdenes,
que es suficiente con tus encantos
y es ya bastante con tu cariño
para que él lleve sobre las sienes
ricas coronas y arrastre mantos
flordelisados de regio armiño . . .

EL ENCANTO DE LAURA EN EL JARDIN

EN la alegría del huerto lozano,
bajo una tarde de azul primavera,
se me alargó generosa su mano
con una rosa de grana imprecisa,
cual si al tenderme la mano tuviera
corporizada en la mano su risa.

Ella me dijo con voz que era angustia:
«porque ha tardado en venir Primavera,
mi rosaleda sin agua se mustia».
Eso decían sus labios tan rojos . . .
(¡ La primavera—si Laura supiera—
la primavera la lleva en los ojos!)

Cuando de lejos ligera la brisa
trajo un arrullo de seda a su lado,
sobre su boca sangró una sonrisa
y hubo un effluvio fragante de mieles,
como si hubicse la brisa soplado
sobre una rama de tiernos claveles.

Ella en el huerto florido evidencia
la plenitud del color y el aroma,
pues tiene el huerto más cálida esencia
y es más benigno el aliento del aura
cuando entre un marco de flores asoma
la delicada belleza de Laura.

Ella es radiante . . . En el huerto abrilero
es la hermanita menor de las rosas
que se extenúan de gracia y ensueño,
y hacen pensar sus miradas divinas
que ella en el cuadro de rosas hermosas
es una rosa que no tiene espinas.

.

Por ser de noche salimos del huerto,
y éste se queda sin Laura como una
huérfana casa donde alguien se ha muerto;
pero nós siguen la luna y el aura,
cual si pensarán el aura y la luna
que se ha marchado la huerta con Laura . . .

PILAR, LA INNUMERABLE

CONSÉRVATE un rato, tan sólo un instante,
sin hacer inquieta ningún movimiento;
pero estáte inmóvil aunque sea un momento
pues quiero mentirme que tengo delante
una dulce virgen del Renacimiento.

Sál a la ventana y oye la sonora
canción de la alondra que ya anuncia inquieta
el advenimiento rubio de la aurora,
para imaginarme que estoy viendo ahora
el adolorido perfil de Julieta.

Cruza sobre el pecho tus pálidas manos
y en éxtasis alza tu mirada honda
cual si contemplaras paisajes lejanos,
que haciendo tus gestos más leves y humanos
serás una exacta copia de Gioconda.

Haz que dulcemente tu rostro gallardo
ensaye un esfuerzo vano de sonrisa
con un triste gesto, muy suave y muy tardo,
cual si recordara, al pobre Abelardo . . .
¡Y así, sin pensarlo, serás Eloísa!

¿Te gustan las flores?—Dí—¿las tuberosas?
¿el nardo fragante? la suave camelia? . . .
Pues toma este ramo de rosas preciosas,
que así, tristemente deshojando rosas,
serás una lánguida hermana de Ofelia.

Pero si no quieres, por rara porfía,
ser hoy Eloísa, Gioconda, Julieta
o la pobre Ofelia; puedes todavía
verter una leve lágrima secreta
pensando a Efraím ¡y serás María!

EL SUAVE MILAGRO DE ANGELITA

○IGO un romance inédito que en mi interior palpita
bárbaramente como si quisiera estallar;
tiene ímpetus de trueno si al oído me grita
y es sosegado a veces como el vaiven del mar.

¿Es acaso el ancestro que por dentro me araña
como en un férreo cerco sin que pueda salir?
Es América toda y es también toda España,
la oscura piel del indio y el ojo de zafir.

Tomo la pluma como si empuñara una maza
para esculpir al dorso de una roca bravía
este grito estruendoso de mi indígena raza;

Pero entonces tu imagen a mis ojos se asoma,
y el trueno acobardado glosa una melodía
y empolla el fiero cóndor un huevo de paloma.



MATILDE, LA HERMETICA

¿DÉ qué te sirven tu dulce encanto
y esa tu gracia que fluye loca,
si está tu pecho tallado en roca,
si tus pupilas no tienen llanto
ni tiene voces de amor tu boca?

Eres absurda con tu belleza,
pues siendo llama te has apagado;
y tus pupilas se angustian de esa
melancolía y esa tristeza
que hay en los ojos cuando han llorado.

Inútilmente lo que es divino
tu delicado cuerpo resume,
—ciclo sin astros, vaso sin vino—
porque eres claro pomo de fino
cristal en que hace falta un perfume.

Alma que nunca le dió cabida
al dulce huésped de la ternura
es alma inútil para la vida . . .
Siendo tú templo que a entrar convida,
¿por qué ferraste la cerradura?

Matilde: escucha la voz interna
de la ternura; porque es pecado
no ver afectos a nuestro lado,
y sin cariño serás cisterna
lóbrega y ciega que se ha secado . . .

ESTELA, DIVINO AROMA

TODO lo que en la vida es ala o ágil flota
va dejando a su paso una inefable estela:
la nave sobre la onda, el ave cuando vuela
y el astro en la cerúlea inmensidad remota.

De púrpura es la estela que da la arteria rota;
lánguida la que imprime en el viento la vela;
y la de un dulce canto, musical nos consuela
cuando en lunada noche bajo la reja brota.

Estela: no me es dado decir de qué eres rastro;
si de latina vela, canción ferviente o astro,
porque en todo lo bello tu gracia única asoma;

Pero este exacto símil me viene en tu presencia:
una mano sacrílega rompió un pomo de esencia
y ha quedado flotando sobre el viento el aroma . . .

PACA, LA QUE CERRO MI POEMA A LAS MUJERES

GUARDÉ expresamente mi verso más sonoro
para sellar contigo mi huerto ameno y vario,
como si pretendiera cerrar con llave de oro
—trémulo de respeto—las puertas de un santuario.

Canté aquí a las mujeres que en el proceso diario
fueron para mis penas alegrías en coro:
la que en mi cielo en sombras fué rubio meteoro
y la que fué Verónica cordial en mi Calvario.

Y como tú, asimismo, fuiste larga en clemencia
al darles un regalo de belleza a mis ojos
cada vez que alegraba las calles tu presencia;

Elevo reverente por tí mi postrer aria,
como si fuese un férvido creyente que de hinojos
al pie de un ara augusta musita una plegaria.

SONETOS DEL AMOR PECADOR

(Para Ernesto Pizarro)

LA ALEGRIA DEL CAMPO

¡QUÉ embriaguez divina la de esta mañana,
la de este umbroso árbol que nos da su abrigo,
la de este sol de oro que como un amigo
juguetón te enciende los labios en granal

Salimos al campo muy por la mañana,
para acariciarnos sin otro testigo
que este sol discreto, que es como un amigo,
y esta paz campestre que es como una hermana.

Hay sol en los sotos y en las verdes lomas . . .
Fugitivamente, sobre la llanura
mienten dos pañuelos un par de palomas;

Y ebrio de la dicha de estos campos buenos,
sueño que anhelantes de sol y de altura
echaron dos alas cándidas tus senos . . .

SIMILITUDES

CUANDO por las noches paseas conmigo
me siento orgulloso de tu lindo porte,
porque entre las blancas pieles del abrigo
eres una blonda damita del Norte.

Del monte vecino sopla un viento helado
que con sus saetas cruel nos hostiliza,
y yo tiritando me estrecho a tu lado
por buscar la tibia piel de tu pelliza.

Tus menudos pasos vibran en la calle. . .
Es bajo el abrigo tan gentil tu talle,
que al abrirnos pasó la gente se arroba;

Y yo me sonrío con malicia a veces,
pues entre el abrigo de piel me pareces
una mansa oveja con disfraz de loba.

DESPUES DE COMULGAR

LLEGAS a mi lado muy por la mañana. . .
Has ido a la iglesia al rayar el día,
a calmar el ansia de tu fe cristiana
con el pan bendito de la eucaristía.

No sé por qué irradia tu carita sana
un tan dulce encanto de melancolía,
que me entran deseos de llamarte ¡hermana!
en vez de decirte, como siempre, ¡Mía!

Talvez tu congoja nazca de la pena
de este amor ardiente que es como un veneno;
amor en el que haces tú de Magdalena;

Pero no debieras echar en olvido
que ni soy yo el manso Jesús Nazareno,
ni tú, Magdalena, te has arrepentido.

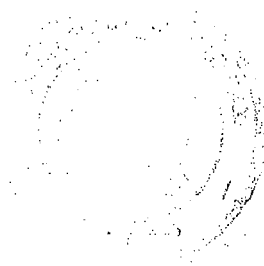
EL CLARO AMANECER

CARIÑOSAMENTE, ¡despierta! te digo
cuando ya la rubia mano del sol llama
como un compañero fiel en el postigo
y por todo el cuarto sus oros derrama.

No me oyes De nuevo te digo: «¡despierta!
La mañana tiene perfumadas cosas
y afuera en los cuatro palmos de la huerta
te espera el saludo blanco de las rosas».

Cuando por fin abres los ojos, se irisa
tu faz como un claro metal repulido,
y en todas las cosas hay una sonrisa . . .

Y al ver este incendio de reflejos rojos,
no sé por qué pienso que el sol ha nacido
hoy en el oriente de tus zarcos ojos.



FLOR DE PECADO

¿A qué ese capricho de alargar tu falda?
¿No comprendes, necia, que siendo chiquilla
bien te van los rubios rizos a la espalda
y la donairosa falda a la rodilla?

¡Con qué regocijo la gente sencilla
se va tras tu falda color de esmeralda,
cuando te descubre esa pantorrilla
que se transparenta por la media gualda!

Quiero imaginarme que el loco tormento
que en los hombres prenden tus piernas al aire
como que te sirve más bien de contento;

Pues cuando pretendes bajar una acera,
sonreídamente, con gentil donaire,
levantas un poco tu falda ligera.

EL CAPRICHIO INOCENTE

EN amor y en otras cosas prohibidas
eres, sin pensarlo, una dilettanti . . .
Ayer por la noche leyendo a escondidas
un libro de France te cogí infraganti.

Y es porque te gustan las cosas subidas
de color; las obras de sabor picante;
y acaso por eso pones en mi vida
una ebria locura de vino de Chianti.

Y así, con tus ojos, tu bermeja boca,
tus rosadas carnes, tu carácter rudo,
me has encadenado a tu vida loca;

Pues cuando resuelvo dejarte, me digo
que eres una hermosa estatua al desnudo
o un perverso cuento de Felipe Trigo.

EL DON IMPOSIBLE

ME pides que olvide tantas cosas buenas
a las que me ligan perdurables lazos;
antes amorosa me abrías tus brazos
como dos gemelas varas de azucenas.

Y hoy quieres que olvide los únicos bienes
de mi dolorosa vida atormentada;
que olvide tus besos, tu dulce mirada,
tus dorados rizos ¡y hasta tus desdenes!

Y no ves, chiquilla, que aunque yo quisiera
hacer lo que pides, no lo alcanzaría;
porque tu recuerdo es la enredadera

Que se ata a mi fértil árbol del pecado,
y en él cada yema de la copa umbría
jes un rojo beso de los que me has dado!

MANCHA DE LODO

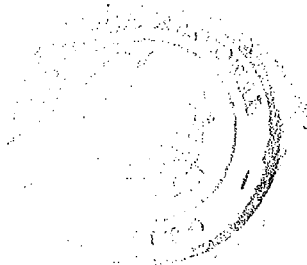
EN EL CRISTAL

Y saber la dura verdad de que acaso
no más que un recuerdo serás en mi vida,
o una mano ajena que estreché de paso
entre los pañuelos de la despedida.

Con la triste nueva se colmó mi vaso
de dolor y tuve una sacudida,
como si me hubiesen lanzado un zarpazo
sobre la sangrante carne de una herida.

Y habrás de ser otro; de un irreverente
que ignore los ritos de tu santo culto
y enturbie las aguas de tu pura fuente;

Y esta sola idea lágrimas me arranca,
pues sé que sus labios serán un insulto
en la eucaristía de tu carne blanca.



EL DULCE DESPERTAR

¿QUIERES que te bese? te digo sonriente
cuando en mis rodillas estás acodada
y tú, complacida, cariñosamente,
que sí me contestas con una mirada.

Y cuando pregunto con voz apagada
¿dónde? como un lirio me pones la frente;
luego te entusiasmas, y súbitamente
me alargas tu linda boquita rosada.

Y así estoy un rato besando abstraído
tu cárdena boca, que me sabe a menta,
hasta que en tus brazos me quedo rendido;

Mas, pronto despierto de mis sueños vanos,
porque de repente, sin darme yo cuenta,
tiemblan tus dos tiernos senos en mis manos.

D I M E

ECHAME la culpa si quieres, pero antes
ponte sobre el pecho las manos y jura
que no te tentaba la loca aventura
que juntos corrimos, de amor anhelantes.

Díme si tus zarços ojos fascinantes
no guiaron mis pasos por la senda oscura,
como dos ladrones que entre la espesura
están en acecho de los caminantes.

Díme si tu fresco labio purpurino
no cerró mis labios con un rojo sello,
y díme si es cierto que al ir de camino

No me apercibiste traicioneros lazos
y adorablemente me enredaste al cuello
las sierpes malignas de tus lindos brazos.

EL DESQUITE

¡QUÉ rica merienda la que tomo a diario
en tu fresca boca, dulcemente impura!
¡Aroma de sana manzana madura!
¡Grana de claveles! ¡Trino de canario!

Cuando por la tarde salimos, murmura
escandalizado todo el vecindario,
y ayer cuando fuiste al confesionario
por mí te ha reñido largamente el cura.

Pero nos hacemos de la vista gorda;
y cuando la gente nos colma de agravios
por esta locura que se nos desborda,

Me das en desquite tu boca divina,
y yo me relamo de gusto los labios
como si me dieras una golosina.

PRIMAVERA

¡QUÉ mal el que me haces con el maleficio
de tu sonreída carne quinceañera! . . .
¡Jugoso vifredo que rico prospera
para la purpúrea vendimia del vicio!

Tu cuerpo me tienta con el artificio
de un bien que no viene pero que se espera.
¡Cuerpo que difunde ese olor propicio
de los sanos huertos en la primavera!

En sazón te encuentras prematuramente:
ya la primavera se anuncia en tus ojos . . .
ya abrieron los tiernos lirios de tu frente . . .

Y con la fragancia de los frutos plenos,
se ofrecen las fresas de tus labios rojos
y las delicadas peras de tus senos.

LA ESPERA INUTIL

“**T**ENDREMOS un niño que será el retrato tuyo”—me decías, trémula de amor; de pronto exclamabas al cabo de un rato «tendrá tus cabellos, tendrá tu color».

Yo me sonreía del sueño insensato a que te entregabas con loco fervor; y al notar mis burlas rabiabas un rato, mas luego me dabas tus labios en flor.

Y no vino el niño . . . En su vana espera
taciturna viste correr muchos días,
hasta que olvidaste la inútil quimera;

Pero en cambio vino un tremendo mal
que puso en silencio nuestras alegrías
y te hundió en la noche cruel del hospital.

EL DESNUDO INOCENTE

SÓLO arte me inspiras con tu diminuto
cuerpo sonrosado que al desnudo veo,
como si estuviese yo ante un camafeo
que puliera en fino metal Benvenuto.

Las caderas curvas; el torso absoluto
en líneas; los rizos cual triunfal trofeo;
y verdes los ojos, en los que el deseo
precozmente esboza dos orlas de luto.

Y así estás un rato, sonreída y muda,
cual si por costumbre no te remordiera
darte unas miradas ajenas desnuda.

Pero es que tú sabes que ante tí me siento
como si de viaje por Italia viera
un desnudo mármol del Renacimiento.

EL LENGUAJE MUDO

SALTAS de mi lecho en hora imprevista
y por ser ya tarde te vistes ligera,
te abrochas la bata de blanca batista
y anudas el oro de tu cabellera.

Vas toda marcada. Amor es artista
que cínicamente pinta a su manera:
trabaja entre sombras y con mano lista
en cada pupila dibuja una ojera.

Trémula de miedo vuelves a mi lado
y muestras desnuda las rojas señales
con que mis caricias tu cuerpo han tatuado;

Mas, después de un rato tu calma revive,
pues piensas que forman esos cardenales
el abecedario con que Amor escribe.

EL SUEÑO IMPOSIBLE

“**N**ó, porque lo saben en casa”—dijiste
cuando aquella frase deslicé en tu oído,
y me tuvo un rato taciturno y triste
el remordimiento de haberte ofendido.

Hoy nada te importa que lo sepan todo,
mas ya no te busco aunque hallarte pueda,
porque yo quería tener de otro modo
lo que está a mi alcance por una moneda.

Pero, sinembargo cuán grato sería
tenerte a mi lado, tímida y absorta,
como aquel entonces en que aún eras mía . . .

Y soñar por gracia de un dulce embeleso
que eres la chicuela de faldita corta
que se sonrojaba con mi casto beso.

LOS MUDOS TESTIGOS

YA no eres la misma . . . Cuando distraído
paso por la calle donde te avvicinas,
vuelves a otro lado tus miradas lindas
cual si acaso fuera yo un desconocido.

Desde que hace mucho me echaste en olvido
ya ni una amistosa mirada me brindas;
mas, curiosa diles a las rojas guindas
de tus frescos labios si me han conocido.

Pero si tus labios no quieren ahora
recordar que fuimos cordiales amigos,
ponte sobre el pecho las manos, traidora;

Quizás no resulten tus esfuerzos vanos
porque allí palpitan dos mudos testigos
que acaso se acuerden de mis locas manos.



INDICE

PÁGINAS

PORTADA

Pastorela	1
-----------------	---

EL HUERTO VARIO

Visión de la tarde.....	5
Parábola de las pupilas muertas.....	9
La canción del labriego.....	13
Hubo una vez un hada.....	15
Bendito Sol.....	17
Evocación del jardín a media noche.....	21
La pasajera	25
Hora de contrición.....	29
La romanza de los sueños de Ella.....	33
La cadena rota.....	39
Plegaria humilde.....	41
Tríptico del amor lejano.....	43
Estabas tan en mí.....	47
La llegada tarde.....	49
Las tres plegarias.....	51
El huésped incómodo.....	57
Epistolario romántico.....	59
El ruego loco.....	77
Tríptico del rosal.....	79
Porque soy humilde.....	83
Sé que estás triste.....	85
El adiós.....	87
Pudo haber sido.....	89
Hacia lo alto.....	91

VOCES PRETERITAS

Sangre francesa.....	95
El fallo.....	97

	PÁGINAS
La fuga.....	99
En la arena.....	101
Celos.....	103
El gran vencido.....	105
Romance de la dama altiva.....	107
El pirata.....	111

MUJERES DE QUITO

En loor al arte de Lucrecia.....	117
Los ojos de Emma.....	119
El mundo ignorado de Isabel.....	121
Olga de Andalucía.....	123
Su Majestad Fabiola, reina del estudiante	124
Al pasar Carlota.....	129
El laurel de Clemencia.....	131
Los sueños de Marianela.....	133
El encanto de Laura en el jardín.....	135
Pilar, la innumerable.....	137
El suave milagro de Angelita.....	139
Matilde, la hermética.....	141
Estela, divino aroma.....	143
Paca, la que cerró mi poema a las mujeres	145

SONETOS DEL AMOR PECADOR

La alegría del campo.....	149
Similitudes.....	151
Después de comulgar.....	153
El claro amanecer.....	155
El capricho inocente.....	157
Flor de pecado.....	159
El don imposible.....	161
Mancha de lodo en el cristal.....	163
El dulce despertar.....	165
Díme.....	167
El desquite.....	169
Primavera.....	171
La espera inútil.....	173
El desnudo inocente.....	175
El lenguaje mudo.....	177
El sueño imposible.....	179
Los mudos testigos.....	181

